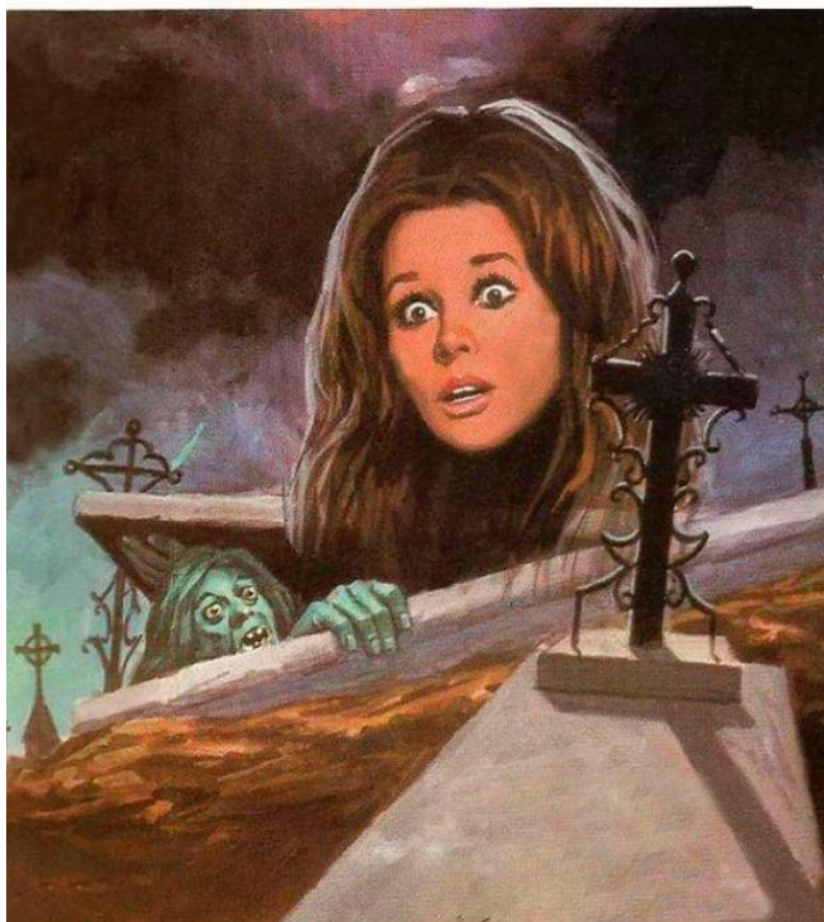


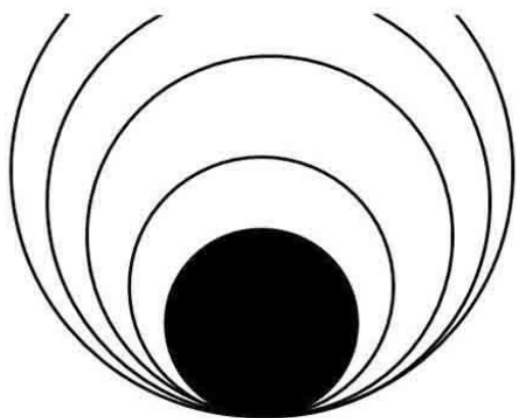


**NO HAY SITIO
EN EL INFIERNO**

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

Silver Kane





PUNTO ROJO



SILVER KANE

NO HAY SITIO EN EL INFIERNO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 891
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 9.656 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: mayo, 1979

© Silver Kane - 1979

texto

© Antonio Bernal - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1979

CAPÍTULO PRIMERO

EL RETORNO

—He visto un anuncio de una película que me ha parecido absurdo —musitó Elsie mientras salía del coche—, pero lo curioso es que no puedo olvidarlo.

—Supongo que para eso hacen los anuncios —contestó Lorna mientras salía también—: para que no los olvides.

Las dos mujeres cruzaron la acera ancha y con unos setos vivos que tapaban parte de la casa. Un viento frío que llegaba del lago Michigan hizo que se les subieran las faldas y se exhibiese gran parte de sus finas medias negras. Para una visita como aquélla habían decidido vestirse de luto, llevando la educación hasta los últimos extremos que les enseñaron en el viejo colegio; «Cuando vayan a la casa de un muerto, el luto es de buen tono». Y, realmente, aquellas piezas negras les sentaban bien.

—Sí —dijo Lorna con voz apagada, mientras se bajaba la falda todo lo posible—, los anuncios son para que no los olvides. ¿Qué decía ése?

—Una cosa muy extraña: que cuando no haya sitio en el infierno, los muertos volverán a la tierra. Eso decía.

Lorna se estremeció suavemente. Y no fue solo por el viento frío que llegaba del lago Michigan.

—¡Qué tontería! —dijo—. ¿Quién sabe lo que es el infierno?

—Por eso mismo. Quizá sea un sitio del cual te pueden echar.

Las dos muchachas apretaron el paso. Oían el ruido de sus tacones en la acera solitaria, y eso les causaba una sensación que no sabían explicar. Fue Elsie la que lo dijo:

—Comprendo que ésta no es una conversación muy adecuada para ir de visita a casa de un difunto.

Y vieron la corona de pronto. La pequeña corona negra estaba colgada en la puerta, tal como suele hacerse en muchas casas norteamericanas, para indicar que allí acaba de producirse una defunción. La sólida casa de piedra construida en el siglo XIX, una de las más viejas de Chicago, estaba casi a oscuras y parecía una negra mole. Sólo en una de las ventanas altas brillaba una luz.

Había anochecido ya. Anochece pronto en noviembre, cuando en el centro la gente aún no ha salido de sus oficinas, pero los barrios extremos parecen poblarse de fantasmas.

Elsie susurró mientras llamaba:

—Ahí está el coche de Ketty. Míralo.

Fue la propia Ketty la que les abrió, con los ojos todavía llorosos. Sin duda estaba pasando una crisis cuando ellas llamaron. Cayó en sus brazos.

—Cuánto les agradezco que hayan venido...

Ketty, la «niña» de la clase. La que parecía tener aún catorce años aunque ya había cumplido los veintitrés. La suave, la dulce Ketty.

—Pasen, pasen...

—Pero, por Dios, ¿cómo puedes estar sola aquí?

La casa solemne con los viejos cuadros de los antepasados. Las escaleras de mármol que parecían no llevar a ninguna parte. Los butacones que aún parecían conservar la forma de los cuerpos de seres que ya no existían...

Ése era el ambiente.

Y, sobre todo, el retrato del padre de Ketty, por cuya muerte estaban allí.

—Esta casa tiene algo... No sé... Da miedo —bisbiseó Lorna.

Y enseguida lamentó haber dicho aquello, porque era una crueldad para Ketty, si Ketty tenía que estar sola allí. Además, cuando eran jóvenes alumnas de un colegio de monjas y venían de visita a aquella casa, les parecía la mar de alegre. No entendían qué era lo que había cambiado ahora.

¿Quizá que el padre de Ketty ya no existía?

¿Quizá que parecía mirarles desde el fondo de los viejos cuadros?

Lorna y Elsie se sentaron en uno de los divanes. Aceptaron la bebida que les daba Ketty. Y la hicieron sentar entre las dos para

que se sintiera más reconfortada.

—¿Pero cómo estás sola en una noche como ésta, Ketty?

—He dado permiso a los dos criados. Sentía vergüenza de que me vieran llorar.

—¿Y por qué habría de darte vergüenza? ¿No es natural llorar cuando se acaba de perder al padre?

Ketty no contestó.

Sabían lo orgullosa que era. Se había educado en esa rigidez tan especial según la cual una verdadera señorita nunca debe manifestar sus sentimientos.

—¿De qué murió tu padre, Ketty?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿No te lo han dicho?

—No. Y sólo me lo dejaron ver a través de un grueso cristal, en el Hospital de Bettelson.

Hubo un leve estremecimiento en las dos visitantes. Por un momento se sintieron envueltas en aquella especie de atmósfera irreal, donde las paredes se cargaban de sombras. Elsie necesitó beber un trago antes de preguntar:

—¿En qué trabajaba exactamente tu padre?

—Tampoco lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

La muchacha negó con la cabeza. Las sombras, más allá de las ventanas, se iban espesando. Una cierta expresión de incredulidad flotaba en los rostros, como si todos los pensamientos se hubieran detenido ante un muro más allá del cual era imposible pasar.

—Hace años, cuando mamá vivía, él se dedicaba a los negocios —explicó Ketty—, y ya saben que ganaba mucho dinero. Eran negocios de ingeniería; de construcciones metálicas, de aleaciones químicas... Pero en los últimos cinco años, desde que mamá murió, yo no sé exactamente lo que hizo. Siempre estaba fuera de casa y yo no tenía ni siquiera una dirección para escribirle. Pero me telefoneaba al menos dos veces por semana y el dinero nunca faltó. Al contrario, llegaba más que nunca. Incluso un día... Bueno... Sí, un día llegué incluso a pensar si papá no se habría vuelto loco.

—¿Por qué?

—Quemó cinco mil dólares.

—¿Cinco mil dólares? —balbució Elsie, que siempre había sido

una chica pobre—. Eso es... ¡eso es muchísimo dinero! ¿Y por qué lo quemó?

Ketty entreabrió los labios, con la mirada perdida.

—Eso es lo más extraño —dijo.

—¿Por qué?

—Dijo que era dinero del infierno.

Una especie de sombra pasó entonces por encima de las tres. La sensación fue tan real, tan física que alzaron la cabeza al mismo tiempo, mientras se estremecían instintivamente. Pero sólo vieron la enorme habitación vacía, las luces temblonas, las solemnes escaleras de mármol que parecían no llevar a ninguna parte.

Lorna bebió otro poco de licor.

Una cosa extraña parecía irle helando poco a poco la sangre.

—¿Y por qué no te dejaron ver el cadáver más de cerca? —bisbiseó—. ¿Por qué el muro de cristal?

—No me lo explicaron —dijo Ketty con un hilo de voz—, aunque era fácil suponer que había peligro de contagio. Pero es su cara lo que nunca olvidaré.

—¿Qué pasaba con su cara?

—Era... fosforescente. Brillaba en la penumbra. Yo creo que, en la noche, el rostro del muerto hubiera podido distinguirse como una luciérnaga.

Otra vez tuvieron el mismo estremecimiento de horror, otra vez les pareció que una espesa sombra flotaba sobre sus cabezas. De nuevo miraron aprensivamente en torno suyo y se dieron cuenta de que no era así, de que estaban solas en aquella habitación donde las luces volvían a palidecer temblorosamente.

Ketty entrelazó los dedos con angustia. Hacía esfuerzos enormes por mantenerse serena. Mientras intentaba sonreír, preguntó:

—Les agradezco mucho que hayan venido. ¿Cómo se han enterado?

—Por la esquila —dijo Lorna—. Lo que pasa es que leímos el periódico tarde y ya no nos quedó tiempo para venir al funeral. Por cierto, hay algo que la esquila no decía: ¿dónde está enterrado tu padre?

—En el cementerio de Norwich, pero pasó una cosa absurda.

—¿Qué cosa absurda, Ketty?

—No consintieron que ni siquiera yo, su hija, presenciara la

inhumación.

Y el coche que se llevaba los restos no tomó la dirección del cementerio de Norwich, sino justamente la dirección contraria.

Ahora Ketty volvía a tener la mirada perdida. Daba la sensación de que el horror la dominaba de tal modo que la había anestesiado. No tenía miedo. La sensación de lo sobrenatural debía de ser tan fuerte que ya formaba parte de su sangre y de su alma. Quizá era la única que no la notaba.

Cuando el miedo es demasiado intenso, ya no se siente.

—¿No te dejaron? —preguntó Lorna, intentando ordenar sus pensamientos—. ¿Quiénes no te dejaron? ¿Quién tiene autoridad para decidir una cosa así?

—Ellos.

—¿Quiénes eran ellos?

—No lo sé. Dos hombres. Ellos se ocuparon de todo, incluso de cerrar el ataúd. Noté que nadie se les acercaba, como si les tuvieran miedo. No me dieron ni siquiera la mano. Pero yo estaba tan indignada por el hecho de que no me dejaran acompañar el cuerpo de mi padre al cementerio que les pedí sus nombres y direcciones para denunciarlos a la policía. Me las dieron y se largaron. Eso fue todo. Se largaron como fantasmas...

Añadió con un hilo de voz:

—Tenían la mirada perdida y se movían como espectros. Incluso había momentos en que daban la sensación de no ser de este mundo.

Calló. Un silencio pesado y macizo las envolvió a las tres. El muerto no había estado en aquella casa, pues Ketty sólo lo había visto tras un vidrio del hospital, pero todas las paredes estaban llenas de su misteriosa e impalpable presencia.

Lorna notaba que la sangre se le iba helando poco a poco.

Al igual que Elsie, le daba angustia estar allí.

Pero hizo un esfuerzo por sonreír y volver a la realidad de las cosas. Mientras daba una suave palmada en una rodilla de Ketty, musitó:

—Tienes el coche fuera y últimamente se están produciendo muchos robos en esta zona de Chicago. ¿Quieres que te ayudemos a encerrarlo?

Ketty pareció resucitar.

—De acuerdo, gracias... Abran la puerta del garaje y yo lo encerraré. Me conviene moverme un poco.

Salieron al exterior, donde las sombras ya se habían hecho hostiles y espesas. Vieron el coche, un lujoso «Cadillac», que era entre los setos como una mancha de plata. Entre Lorna y Elsie abrieron la puerta del garaje, que era muy pesada, como correspondía al viejo edificio, y Ketty se sentó al volante. Dio gas y tomó con demasiada velocidad la curva del sendero.

Por lo visto, sus nervios no estaban lo que se dice bien.

Las medas patinaron en la gravilla. Incluso dio la sensación de que el poderoso coche estaba a punto de volcar.

Y el vaivén hizo que «aquello» se izará bruscamente en el asiento de atrás.

Las dos muchachas lo vieron.

Y Ketty se encontró la cara casi clavada en el espejo retrovisor.

Aquella cara que parecía relucir quedamente en las tinieblas.

Aquella expresión que habían visto en los retratos dentro de la casa, aunque ahora monstruosamente hinchada, deformada por la muerte.

Aquellos ojos que se estaban diluyendo en el aire...

El cadáver del padre de Ketty casi salto sobre su hija.

Y el «Cadillac» se estrelló contra una de las esquinas de la casa mientras la noche se llenaba con los alaridos del horror y de la muerte.

CAPÍTULO II

EL EXTRAÑO CAMINO DEL MAS ALLÁ

A los dos hombres que se presentaron veinte minutos más tarde, en lugar de la policía a la que había llamado Lorna, los conocía Ketty muy bien. Tuvo tal estremecimiento de miedo al verlos que hasta se oyó el castañeteo de sus dientes.

—Son ellos —musitó con una voz que no parecía la suya—. Ellos...

—¿Ellos? ¿Quiénes?

—Los que cerraron el ataúd. Los que se llevaron al cementerio el cadáver de mi padre...

Lo mismo Elsie que Lorna tuvieron la sensación de que, por muchos años que viviesen, recordarían siempre aquella noche como una extraña pesadilla. Su amiga Ketty perdiendo el sentido, una ambulancia llevándosela, los dos espectros retirando el cadáver, unos tipos vestidos de negro que cerraban y precintaban la casa...

Todo aquello era como un sueño deprimente, como una alucinación. El caso fue que se encontraron en la calle, ante el edificio de piedra ennegrecida por los años, viendo cómo una grúa se llevaba el «Cadillac» semi-destrozado y cómo las luces se extinguían en torno suyo igual que en el escenario de una película de horror. De pronto la sensación de soledad en aquella calle fue tan terrible que se hubieran puesto a chillar de miedo.

Una especie de fantasma vestido de negro se acercó.

Surgía de las sombras como si acabara de nacer entre ellas. No parecía un habitante de la moderna Chicago; parecía más bien un habitante del viejo infierno.

—Más vale que se vayan de aquí —dijo—. La casa está precintada.

—¿Por qué la han cerrado así?

—Es orden de la policía.

—¿Y Ketty? ¿Qué va a pasar con Ketty? ¿Quién se hace cargo de ella?

—Ahora la atienden en el hospital. No se preocupen, no le va a ocurrir nada. Cuando haya superado la crisis de nervios, podrá volver.

El fantasma desapareció. Otra vez las sombras se lo tragarón mientras a poca distancia rugía el intenso tráfico que iba desde el viejo barrio del Loop, con su ferrocarril elevado de los años treinta, a los nuevos distritos de la Skyline, con sus rascacielos de cristal. Fue ese tráfico el que les dio de nuevo la sensación de realidad, el que les hizo comprender que no estaban en el otro mundo, sino en el planeta Tierra donde a todas horas rugen los motores y chirrían los neumáticos.

Lorna miró su reloj barato. La verdad era que nunca había tenido dinero para comprarse nada mejor. Incluso cuando conoció a Ketty en el solemne colegio religioso, ella y Elsie iban como alumnas gratuitas.

Pero las agujas del reloj la volvieron a la realidad. Se dio cuenta de algo que en un principio le pareció absurdo, puesto que había perdido la noción del tiempo: de que eran sólo las ocho de la tarde.

—Aún tenemos tiempo —dijo Lorna en voz baja.

—¿Tiempo de qué?

—¿Ya no te acuerdas del anuncio?

—¿Qué anuncio?

—¡Por Dios! ¡Lo que ha ocurrido es terrible, Elsie! ¡Las dos hemos tenido la sensación de estar en el infierno, pero no estamos en el infierno, sino en este mundo! Y en este mundo se come todos los días. ¡Necesitamos trabajar!

Elsie hizo un gesto afirmativo. Despertó como una sonámbula que vuelve a la realidad poco a poco. Pero pregunto con voz indecisa:

—Oye... ¿quién sabe en realidad dónde está el infierno?

—Olvídate de eso, Elsie, por favor. Si no obtenemos el trabajo esta noche, perderemos la oportunidad.

—Tienes razón.

Sacó de su bolso un arrugado anuncio recortado de un periódico,

el «Chicago Tribune». En letra pequeña, se leía:

«Solicitamos dos jóvenes atractivas para recepcionistas oficina alto *standing*. Irreprochable moralidad. Pagamos

30 000

al año, según aptitudes. Indispensable envíen foto y referencias personales».

Casi junto al anuncio, extrajo una carta. Ésta llevaba el membrete de una lujosa oficina de la Avenida Michigan, con la anotación «Sección Colocaciones». El texto mecanografiado decía sencillamente: «Recibidas sus fotografías y referencias personales, nos complace comunicarles que han sido seleccionadas en principio entre más de cien aspirantes. Rogamos nos visiten el día 20 de noviembre entre 7 y 10 de la noche, para una entrevista personal».

Lorna musitó:

—No sé si te has dado cuenta, pero estamos sin trabajo, hoy es veinte de noviembre y son las ocho y diez de la noche.

—Tienes razón. Hay que olvidarse de todo lo que ha pasado. Vamos.

Tomaron el viejo coche de Elsie, que se estaba cayendo a pedazos. Desde que la compañía en que ambas trabajaban quebró, no habían podido permitirse ningún lujo porque no habían encontrado ningún trabajo que valiese la pena. Rodaron entre el intenso tráfico, bordeando el lago, a lo largo de la Avenida Michigan, sintiendo que aquella sensación de pesadilla se iba desvaneciendo poco a poco. Estaban metidas hasta el cuello en un mundo cruel, y en aquel mundo cruel y sin contemplaciones tenían que vivir. El infierno no existía.

—Mira, aquí es.

El edificio de acero y cristal impresionaba. Había cinco ascensores, pero todo estaba vacío a aquella hora. El conserje miró la carta y susurró:

—Es un despacho que hay en la planta baja, cerca de los garajes. Ustedes dos son las primeras que vienen.

Buena señal.

Las plazas aún no debían estar ocupadas. Una mujer de buen aspecto les abrió. Era alta y fuerte. Sus ojos relampaguearon al verlas, como si precisamente por ser una hembra supiera captar con más intensidad la belleza femenina. Les hizo un amable gesto.

—Por favor, pasen.

El elegante despacho estaba un poco más allá. Luces suaves e inciertas lo llenaban todo. Dos hombres bien vestidos aguardaban tras una mesa.

Y las dos muchachas comprendieron enseguida que se habían ganado el puesto.

En los ojos de aquellos hombres brillaba la admiración. Las hicieron sentarse y les mostraron las fotografías de un rutilante edificio donde iban a instalar las nuevas oficinas.

—Ustedes serán las encargadas de recepción —dijo uno de los dos hombres—. La jornada de trabajo será un poco larga y además exigimos mucha atención, pero creemos que el salario compensa.

—En efecto, es bueno —reconoció Lorna—. El doble de lo que se suele ganar en puestos de esa clase.

—¿Entonces les interesa? —preguntó la mujer que las había atendido, sentándose en el brazo de una de las butacas.

—Sí, claro... Si ustedes nos admiten... Por supuesto que sí.

—Están admitidas —dijo la mujer—. Bienvenidas a esta casa.

—Gracias... —Lorna sonrió con timidez—. Bueno, le he de confesar una cosa.

—¿Qué?

—De no ser por usted, que es una mujer, no hubiéramos entrado. Dos hombres en una oficina solitaria y a esta hora, pueden parecer peligrosos.

Se oyó una carcajada.

—¡Qué tontería! ¡Bueno, pero lo cierto es que una mujer siempre tranquiliza en tales casos, eso es verdad! Celebro que ahora se sientan a gusto.

Y tomó una de las manos de Lorna, en el borde de cuya butaca estaba sentada. Sin cesar de reír, se la llevó hasta la entrepierna y la apoyó fuertemente allí.

Lorna palideció.

Fue como una descarga eléctrica.

No podía creerlo.

Porque lo que sus dedos estaban tocando por encima de la falda era... ¡un pene masculino! ¡Un miembro en erección! ¡Aquella especie de bicho que se sentaba junto a ella era un «travestí», es decir un hombre!

Y de pronto todo cambió.

Fue como un rayo de luz negra, como un lúgubre chispazo.

Las pistolas encañonaron a las dos muchachas mientras una voz metálica atravesaba la habitación.

—Mejor será que no opongan resistencia, muñecas. Está todo muy bien preparado, de modo que no hay salida. Si se portan bien, todo acabará en un rato y aquí no ha pasado nada. Pero si se ponen idiotas, no nos importará disparar. No hemos venido aquí a quedarnos con las ganas.

Lorna sintió que se desencajaban sus ojos.

Oyó a su lado la respiración silbante de Elsie.

Y se dio cuenta de que las pistolas llevaban silenciadores. Y de que no eran falsas, sino de verdad. Dos leves taponazos significarían su muerte, sin que nadie pudiera venir en su ayuda ni impedir la fuga de los asesinos.

Chicago, Nueva York, San Francisco estaban llenas de tragedias así...

Elsie dijo con voz que era un sollozo:

—Por favor, no... no te opongas.

A Lorna le quemaba la sangre, pero no se movió.

Pudo oír que la voz burlona decía cada vez más cerca:

—Buenas chicas.

Y entonces la ominosa voz del «travestí».

—Pónganse de pie.

Obedecieron temblando.

—Y ahora arriba las faldas. Les queremos ver los conejitos.

Lorna intentó resistirse, pero el culatazo que le dieron en plena cara la envió contra la pared. Mientras tanto unas manos ansiosas sujetaron a Elsie y le subieron las faldas hasta arriba.

Elsie estaba enormemente tentadora.

Llevaba medias y braguitas negras.

Uno de los hombres se puso a morderle los muslos, hasta casi hacerle sangre, mientras Lorna, apoyada en la pared, sentía que le faltaba la respiración. Porque ahora se daba cuenta de todo el

horror de aquella situación que antes no llegó a imaginar. Aquellos tres desalmados hijos de zorra ponían el anuncio en el «Chicago Tribune», recibían centenares de fotos, elegían las de las chicas que más les gustaban y las hacían venir a horas muy «discretas» a oficinas alquiladas donde no pudieran defenderse. Sin duda usaban una oficina distinta cada vez.

¿O quizá era siempre la misma, lo cual significaba que las chicas no podían volver a hablar?

El horror hizo que todos los músculos de Lorna se disparasen.

Intentó saltar de nuevo, a pesar del culatazo terrible que antes le habían dado en la cara.

No pudo. Aquellos buitres conocían su trabajo y habían vivido antes situaciones parecidas, porque no cometieron ningún fallo. Mientras ella intentaba saltar, uno de ellos le hizo la zancadilla y el otro saltó sobre Lorna como un tigre. Mientras le subía la falda ansiosamente le metió las manos por todas partes, al tiempo que la inmovilizaba.

Mientras tanto, el de la zancadilla le ponía en la cabeza una capucha negra que la dejó ciega por completo. A partir de ese momento, Lorna y su amiga, estuvieron totalmente perdidas.

Sin poder ver nada en una casa que no conocían, era inútil tratar de huir. Además sintieron que las arrinconaban a puntapiés contra la pared para atarles las manos a la espalda.

—Es inútil que griten —barbotó uno de ellos—. Todas estas oficinas y el *parking* están ahora vacíos.

Otro ordenó:

—¡Al coche! ¡Pronto... al coche!

La cosa estaba clara: no iban a violarlas allí. Pese a la relativa seguridad de la oficina, no acababan de fiarse. Preferirían un sitio más apartado, donde poder dominarlas durante toda la noche.

Las dos amigas se sintieron brutalmente arrastradas hasta un ascensor que empezó a descender un par de pisos. En efecto, el *parking* subterráneo debía estar vacío, porque no se oía nada. Las sacaron de allí, metiéndoles las manos por todas partes, y las introdujeron en un coche, haciéndolas entrar por la puerta trasera. Se trataba sin duda de un «*caravaning*», uno de esos enormes coches americanos cuyos asientos posteriores son abatibles, hasta transformarse en camas. Las chicas estaban ahora en algo así como

una habitación. Uno de los hombres se quedó con ellas, dominándolas a golpes, mientras el «travestí» y el otro se quedaban en la parte delantera.

Arrancaron bruscamente.

Salir del *parking* no tuvo ningún problema.

Debía haber bastante tráfico aún en Michigan Avenue, pero ese tráfico se oía como en sordina, llegando al parecer de otro planeta, mientras el «*caravaning*» rodaba a gran velocidad. A través de la capucha, Lorna oyó la voz ahogada del «travestí»:

—Vamos al refugio, ¿eh?

—Hay media hora de coche hasta llegar allí.

—Pero es el único sitio seguro. Podremos hacer lo que nos dé la gana con ellas.

—¿Y si lo estropea Kurt?

—A Kurt tendremos que acabar pegándole un tiro cualquier día.

—No hay que tomarse las cosas tan a lo trágico. Kurt quedará amansado cuando las vea. Las chicas le gustan con locura.

Lorna se tragó por debajo de la capucha su propio llanto.

Al hablar de Kurt, parecían estar hablando de un loco.

¡Un loco que también las violaría!

La velocidad aumentó y cesaron casi por entero los rumores del tráfico, aunque de vez en cuando adelantaban a pesados camiones. Como la capucha negra le permitía distinguir las luces muy intensas, Lorna se dio cuenta de que aquellos camiones parecían atracciones de feria, de tan iluminados como estaban. Eso le indicó que rodaban por una autopista, fuera ya de la ciudad.

Cada vez era más difícil que alguien las salvase, a menos que tropezaran con una patrulla de la policía. Pero aquellos hijos de la gran marrana ya se cuidarían muy bien de no cometer ninguna infracción de tráfico.

Los pensamientos de Lorna eran como torbellinos.

Una nueva sensación vino sin embargo a anular todos aquellos pensamientos. Porque el buitre que estaba con ellas se excitaba más y más. Prácticamente se había pasado el viaje saltando del cuerpo de una al cuerpo de la otra.

Ahora iba a llegar al «clímax». Empezaba a lanzar gruñidos guturales. Lorna notó que le arañaba los muslos y le desgarraba las medias.

El buitre empezó a gruñir:

—¡Mirad qué ropa interior llevan las muy marranas! ¡Si hasta parecían venir preparadas! ¡Visten como dos putas de lujo! ¡Me voy a volver loco! ¡Parad aquí! ¡Parad!

—¡Aguenta, Pierre! ¡Falta muy poco! ¡Allí podremos disfrutar de ellas a base de bien, idiota!

—¡No puedo! ¡Las necesito! ¡No puedo!

—¡Si no fuera peligroso pararse aquí, te echaba a puntapiés, marica! —gritó la voz del «travestí».

—¡Ustedes saben que no podemos separarnos! —masculló el llamado Pierre, que ahora estaba encima de Lorna—. ¡No me pueden echar! ¡Tienen que aguantarme! ¡Aguantarme, hijos de perra!

Desde el volante llegó una maldición.

Pero debía ser verdad lo que Pierre decía, porque volvió a oírse la voz del «travestí»:

—¡Está bien! ¡Despáchate con una, pero deja a la otra entera, idiota!

Lorna lanzó un ronco gemido. En aquel momento, el buitre acababa de saltar encima de Elsie. En aquella especie de macabra lotería, fue Elsie la que más sufrió. De pronto Lorna oyó su terrible grito.

Sabía que Elsie era virgen, lo que no es demasiado frecuente en las chicas norteamericanas de más de veinte años.

También lo era Lorna.

Las dos amigas tenían del sexo un elevado concepto, Considerándolo una parte tan importante del ser humano que no se puede regalar a cualquiera. No era que minusvalorasen el sexo, sino al contrario, porque sólo se regala lo que no se aprecia. Pero al llegar este terrible momento las dos eran vírgenes, y eso hizo precisamente que Elsie lanzara aquel terrible grito de dolor, al ser penetrada a la fuerza y con una violencia salvaje.

Pierre, por el contrario, lanzó un grito de delirante entusiasmo.

Seguramente no había encontrado una mujer así en toda su cochina vida.

—¡Muchachos! —gritó—. ¡Noto la sangre! ¡No se lo habían hecho nunca!

Aquello debió de parecerles a los otros una noticia de primera

magnitud, porque se volvieron y casi frenaron. En aquel momento debían haber salido ya de la autopista, porque el coche trepidaba a causa de lo irregular del asfalto. A través de la capucha negra, Lorna sólo distinguía unas extrañas luces que titilaban y que daban vueltas.

Elsie, debajo de la capucha, lloraba y gemía ahora mansamente, mientras las embestidas de Pierre se hacían más rápidas y más crueles cada vez.

El «travestí» masculló:

—¿Cómo va a ser virgen? ¡Si las dos pasan de los veinte años!

—Pues al menos ésta les juro que lo es. ¡Chicos, menudo túnel!

—¿Entonces la otra también debe serlo?

—¡Seguro! ¡Diez contra uno a que sí!

—Nunca me he tirado a una virgen —dijo el conductor—. Aquí todas las chicas están estrenadas.

—¿Pues por qué esperar? —susurró el «travestí».

—Yo prefiero llegar. Falta poco.

—Pues yo me estoy poniendo cachondo con lo que hace ese hijo de puta de Pierre. Podemos anticipar la fiesta.

—De acuerdo. Y luego continuamos.

—¿Por qué no? Tenemos toda la noche.

—¡Frena!

—¡Vamos allá!

El coche se situó a un lado de la carretera. Lorna oyó confusamente, aparte del llanto de su amiga, unos pasos que rodeaban el «*caravaning*» para ir hacia la puerta posterior.

Bruscamente ésta se abrió. Las luces del interior debieron entonces encenderse, iluminando el panorama. Las exclamaciones partieron como disparos de las bocas de los dos buitres.

—¡Qué piernas!

—¡Qué tetas!

—¡Pues parece que el culo también es de alivio!

—¡Agárrala!

Lorna no veía nada, no sabía realmente dónde estaba, pero le acometía la más angustiada desesperación. Movimientos que le hubieran parecido imposibles en otras circunstancias, se le hicieron ahora fáciles. Ni siquiera pensó. Fueron sus músculos los que salieron disparados, sin que su voluntad interviniera en ello.

Disparó las dos piernas, guiándose por una de las voces.

Y notó que los zapatos de fino tacón habían dado en algo duro. El terrible rugido de dolor le hizo comprender que acaba de hundir un ojo a uno de los hombres.

—¡AAAAAEGCGG! ¡Esa condenada puta!

—¿Pero qué te ha hecho, Clim? ¡Estás sangrando!

Clim debía ser el «travestí», a juzgar por su voz. Lanzó una serie de roncas maldiciones mientras parecía abofetear el aire, Lorna sintió que unas manos la arañaban, pero salló con todas sus fuerzas hacia adelante, sin saber adónde iba.

Alguien gritó:

—¡Sujétala, Pierre!

Pero Pierre jadeó:

—¡Cabrones! ¡Estoy en lo mejor!

Lorna tropezó de cabeza contra un costado del coche, sintiendo que estaba a punto de perder el sentido, pero volvió a saltar. De pronto notó que bajo sus piernas no había nada y cayó.

¡Estaba fuera del coche!

Le dieron un puntapié en la cabeza, quizá para hacerle perder el conocimiento, pero fallaron por centímetros. Al llamado Clim debía dolerle espantosamente el ojo, porque gemía como una mujer. Lorna se puso entonces violentamente en pie, todavía con la capucha puesta y las manos atadas a la espalda, y echó a correr sin saber adónde iba. No veía absolutamente nada, pero cualquier infierno al cual pudiese ir a parar era mejor que el infierno del cual había salido.

Oyó una Voz.

—¡Dispara!

Sonaron dos taponazos.

—¡No le has dado, maricón!

—¡Apenas puedo verla! ¡Todo está oscuro!

Los pulmones de Lorna abrasaban porque le faltaba el aire, pero una febril esperanza hizo que a pesar de todo siguiera adelante. ¡No la veían! ¡Y por tanto podía huir! ¡Huir! ¡Huir!

En ese momento pensó fugazmente en su amiga.

Sólo si ella huía podría salvarla.

Tropezó y cayó cuan larga era, rodó de costado y se dio cuenta confusamente de que estaba en el fondo de una especie de

terraplén. Por encima de su cabeza pasaron los haces de los faros con los cuales la estaban buscando. Aquella caída providencial la había salvado de ser localizada.

Volvió a ponerse en pie y a correr, aunque ahora avanzaba por unas losas desiguales. O aquello era una ilusión, o avanzaba por un pavimento muy antiguo. De pronto lanzó un gemido de angustioso dolor cuando todo su cuerpo se estrelló de golpe contra una pared de piedra.

Una sorda desesperación la acometió. ¡Había llegado al límite! ¡No podía seguir más!

Le parecía que las voces de sus enemigos volvían a sonar muy cerca, de modo que rozó angustiosamente con el cuerpo aquella especie de muro, buscando una salida. De pronto le pareció que sus pies tocaban una zona vacía.

¡Un pasadizo bajo!

No sabía dónde estaba ni si podría avanzar por allí, pero de todos modos se inclinó todo lo que pudo y anduvo de rodillas, destrozándose las piernas. Notaba una sensación de humedad, como si avanzara por un túnel muy bajo cuya parte superior rozaba con su cabeza. Fueron unos minutos interminables, angustiosos. Las voces de sus enemigos se iban debilitando. De pronto recibió el aire fresco en la cara, teniendo la sensación de que volvía a estar en una zona libre. Se puso en pie y su cabeza no tropezó con ningún obstáculo.

Entonces jadeó ansiosamente. Se estaba ahogando.

Dio dos pasos como una borracha y tropezó de costado con algo que parecía un poste rugoso. Era hierro, un hierro lleno de relieves que enseguida dio una idea febril a la muchacha: ¡rozar sus ligaduras allí!

Era la única posibilidad que tenía para librarse de ellas. Febrilmente empezó a apretarlas contra los bordes de la superficie metálica, notando que por entre sus dedos resbalaba la sangre.

Por fin las cuerdas se partieron con un siseo. Lorna emitió un grito de alegría mientras se arrancaba la capucha febrilmente.

Y entonces vio qué era aquel objeto metálico que le había servido para liberarse.

¡Se trataba de una cruz!

¡La cruz de un cementerio!

¡Inexplicablemente, estaba rodeada de tumbas!

Y una de las lápidas, casi junto a sus pies, se movió. El roce de las piedras hizo que la muchacha lanzara un grito otra vez. La sangre se le heló en las venas. Porque en el borde de la lápida estaba apareciendo... ¡una cabeza humana!

Se oyó una risita diabólica.

Y unas manos blancas y huesudas se dirigieron hacia ella.

CAPÍTULO III

EL MUNDO QUE NO EXISTÍA

Ketty hizo al chófer un gesto que se detuviera allí. El chófer, un policía de la Brigada Volante, sonrió y detuvo el vehículo. A unas yardas de distancia, la casa rodeada de sombras parecía más que nunca una inmensa tumba.

El policía musitó:

—¿Cómo se siente?

—Mejor, gracias.

—No debió salir del hospital. El médico de guardia dijo que usted debería estar sometida a observación toda la noche.

—Volveré al hospital en cuanto haya recogido un poco de ropa —silabeó Ketty—. Por eso he pedido que me trajeran.

—De acuerdo... No olvide que yo estoy aquí para protegerla. ¿Pero por dónde va a entrar? La casa está cerrada y precintada.

—¿Por qué lo han hecho? —susurró Ketty.

—No sé... Son órdenes de los jefes. Yo no intervengo en nada.

—Tengo una llave de una puerta trasera —dijo la muchacha—. No creo que aquello esté precintado.

Descendió, pero el policía fue tras ella con la mano sobre la culata del revólver. Las sombras lo envolvían todo. Habían transcurrido sólo dos horas desde que Ketty se encontró fantasmagóricamente con el cadáver de su padre, pero le parecía que había transcurrido un tiempo inmenso. Que todo aquello había ocurrido en otra dimensión. Dos horas de hospital, de recibir inyecciones, de sollozar en silencio, de sentir como una obsesión la presencia de la muerte... Y ahora estaba otra vez allí, ante la vieja casa. Ketty había dicho que quería volver.

—No olvide que está usted al cuidado de la policía —dijo el

agente que venía tras ella—. Dispone sólo de cinco minutos.

—Bien...

Ketty sintió frío en los pies al llegar al sitio donde se había estrellado el «Cadillac». De allí los dos fantasmas habían sacado el cuerpo de su padre, un desenterrado que parecía haber surgido de lo más profundo del infierno. Al recordarlo, Ketty sintió otra vez la pesadilla del horror.

De pronto uno de sus pies tropezó con algo.

Era un objeto pequeño que parecía enfundado en piel. No supo de qué se trataba, pero se agachó furtivamente y lo recogió, guardándolo. El policía, que iba a pocos pasos, lo notó.

—¿Qué pasa?

—Nada; he tropezado con algo.

—¿Qué era?

—Una piedra.

—Ah... Bien. Tenga cuidado.

La puerta trasera chirrió al abrirse. Más allá estaban las sombras y la sensación de muerte. Resultaba tranquilizador sentir detrás la presencia del policía, con la mano sobre la culata.

—¿Dónde están las cosas que necesita llevarse al hospital, Ketty?

—Aquí, en éste guardarropía.

—Qué tontería... El jefe no debió permitirle volver aquí. Para estar un día o dos en el hospital, no necesita nada.

Ketty no contestó. Entró en la habitación, encendiendo la luz. El miedo la atenazaba, pero ella sabía muy bien por qué había vuelto allí. Cerró la puerta.

—Un momento, por favor. Quiero cambiarme.

—Bien...

El policía se quedó junto a la puerta. Se sentía nervioso y vibraban las aletas de su nariz. No podía evitarlo. Aunque le parecía ridículo, no podía evitar tener la mano encima mismo del revólver.

Y de pronto tuvo un estremecimiento. Un estremecimiento brutal, angustioso. A pesar de ser un hombre y de ir armado, la sangre se le heló.

Porque acababa de oír, más allá de la puerta, como un susurro del infierno, la voz del muerto, la voz del padre de Ketty.

Lorna sintió que todo daba vueltas en torno suyo. Necesitó apoyarse en la cruz para no caer. Sus ojos se desencajaron mientras

miraba la lápida.

Era un ser humano el que estaba saliendo del fondo de la tumba... ¡un ser vivo!

¡De la garganta de aquel hombre escapaba una risita diabólica!

¡Y sus ojos la miraban codiciosamente!

Lorna no tuvo fuerzas ni para gritar. Aquel cementerio era el más extraño que había visto jamás, puesto que muchas de sus lápidas parecían de plomo. No existían árboles allí. Ni hierba entre los caminos. Los caminos... ¡eran de grueso cristal! Si en el otro mundo hay cementerios... ¡Aquél era un cementerio del otro mundo!

Pero los pensamientos de la muchacha se rompieron de pronto. Porque notó que las manos de aquel espectro salido de la tumba venían hacia ella. La risita diabólica se repitió.

Y Lorna empezó a dudar entonces de que tuviese delante un ser humano. Porque la boca cavernosa y desdentada era la de un monstruo. La mirada extraviada era la de un loco. Las manos que se tendían hacia ella eran las de un muerto.

La sensación de lo sobrenatural envolvió otra vez a Lorna.

La sangre se le había parado en las venas, y le resultaba casi imposible moverse, pero hizo un terrible esfuerzo para seguir. Saltó sobre la lápida mientras lanzaba un grito de horror.

Las manos intentaron sujetarla por un tobillo.

Lorna volvió a gemir.

Porque, al saltar por encima de la lápida, había visto algo más.

¡Del fondo de aquella tumba estaban sacando un muerto!

Cayó de rodillas, se levantó, volvió a gemir... Sus ojos alucinados buscaban una salida, pero no había ninguna. Más allá de las cruces y de las lápidas de plomo, más allá de los incomprensibles pasillos de cristal, sólo se encontraba la niebla.

Resbaló sobre una de las lápidas, gimió... Sus ojos estaban desencajados. Le pareció distinguir entonces confusamente las luces de una casa.

Unas luces difusas e inciertas.

Seguía siendo como en las pesadillas, pero allí estaba su única posibilidad de salvación, allí podía haber algún ser vivo que la sacase de aquel recinto de la muerte... Como una loca, corrió hacia las luces.

Vio una pared.

Bueno, aquélla era absurdo, porque la pared estaba llena de ventanas... ¡Ventanas sobre un cementerio!

¿Qué mundo era aquél? ¿Dónde se había metido?

Los pasillos de cristal seguían.

Le parecía resbalar en ellos.

Ni un árbol, ni un matojo, ni una flor... ¡ni un signo de vida!
¡Hasta el aire se había detenido!

Pero el signo de vida que la muchacha esperaba saltó de pronto hasta ella.

Fue aquella especie de grito de horror. Aquel grito gutural que taladraba las sombras.

El policía de la Brigada Volante golpeó bruscamente la puerta.
Gritó:

—¡Déjeme pasar!

Ketty abrió.

Más allá había una habitación desierta, había una serie de luces sonrosadas y acogedoras que daban a la estancia un aire apacible y burgués. No se oía ya para nada la voz del muerto.

Ketty susurró:

—¿Qué pasa?

—Perdone, pero estoy seguro de haber oído algo que no tiene sentido.

—¿Qué es eso que no tiene sentido?

—Usted estaba hablando ahí dentro con su padre.

Ketty bizqueó.

—¿Por qué dice eso? —preguntó bruscamente—. ¿Cómo cree que yo puedo haber estado hablando con un muerto?

—Perdone, ya me he dado cuenta de que ha sido una especie de alucinación.

—Pero usted, un simple conductor de la Brigada Volante —preguntó Ketty con un hilo de voz—, ¿cómo conoce la voz de mi padre, que ni siquiera vivía aquí? ¿Por qué todos los que no le han visto nunca saben cosas de él? ¿Qué diabólica maquinación es ésta?

Los párpados del policía temblaron un momento.

—Perdone, pero es una tontería por mi parte —musitó—. Se me había ocurrido que tenía que ser esa voz. No sé qué me pasa esta noche. Cerraré otra vez.

Y sonó el chasquido de la puerta. Ketty quedó sola de nuevo. Una expresión de recelo, pero al mismo tiempo casi de triunfo, flotó en sus ojos.

Porque era verdad lo que el policía sospechó. Porque era verdad que allí acababa de oírse la voz del muerto.

Ketty comprendió que tendría que actuar a partir de aquel momento con más precaución y no situarse tan cerca de la puerta. De modo que fue al fondo del guardarropía, sacó aquel objeto envuelto en una funda de cuero qué había encontrado poco antes y lo puso en marcha otra vez.

Recordaba a la perfección aquel pequeño magnetófono. Pese a su tamaño, era una auténtica pieza de precisión, y su padre lo empleaba años antes para anotar ideas que se le ocurrían o recordar cosas que tenía que hacer. Lo curioso era que cuando ella encontró el magnetófono junto a la casa... ¡estaba funcionando!

La muchacha sintió que unas gotitas de sudor helado nacían en sus sienes. Estaba temblando de excitación.

Y sus pensamientos eran un torbellino.

Porque estaba intentando analizar las cosas y se daba cuenta de una serie de datos. Primero: había que suponer que su padre llevaba aquel magnetófono en el bolsillo en el momento de morir. Parado, por supuesto, ya que la cinta sólo tenía una duración de tres horas, y cuando ella lo encontró aún faltaba parte de la misma por pasar.

Segundo: a su padre lo habían enterrado con aquel magnetófono en el bolsillo. Despedía un inconfundible, repulsivo y fétido olor a muerto, el mismo olor que ella notó al entrar en el «Cadillac», sin saber a qué atribuirlo entonces.

Cuando su padre salió de la tumba y aquí sí que los pensamientos de Ketty parecían llegar al fondo mismo del infierno, puso el magnetófono en marcha, o lo puso el hombre o el diablo que lo sacó de la fosa. Para que eso ocurriera había podido bastar una simple sacudida.

Tercero: aquel aparato habría grabado por lo tanto todos los ruidos del último viaje de su padre después de muerto.

Ansiosamente, la muchacha lo puso en marcha.

Había hecho retroceder la cinta previamente, para oír desde el principio. La voz de su padre sonó citando unas fórmulas matemáticas que la muchacha no entendió, pero que nada tenían de

extraño puesto que el muerto había sido un gran ingeniero. Luego las observaciones, todas ellas científicas, se sucedieron unas a otras. Nada había allí de especial interés, por lo que Ketty pasó con más rapidez la cinta.

Se produjeron unos instantes de silencio.

Aquel silencio, ¿era el del fondo de la tumba? ¿Era el de la muerte?

Y luego, bruscamente, se oyó algo más.

Una especie de rugido, pero un rugido suave y lento.

Ketty tardó en identificarlo. El sudor bañaba ya su cara cuando lo consiguió. Lo que estaba oyendo tenía que ser el motor de un coche.

¿El coche en el que el cadáver había sido transportado hasta la casa donde en otro tiempo vivió?

A la muchacha se le quedó grabado aquel sonido porque era el de un coche que no carburaba bien, un motor que petardeaba de vez en cuando. Casi estaba segura de no equivocarse, como estaba segura de no equivocarse al suponer que el pequeño aparato resbaló de uno de los bolsillos del muerto cuando los dos fantasmas lo sacaron del «Cadillac». Pero, pronto, la sangre de Ketty, que ya casi no circulaba por las venas, se convirtió en puro hielo.

Porque de la cinta acababa de surgir un sonido largo y gutural que no podía pertenecer a ninguna garganta humana. Porque del fondo de aquel aparato llegado del Más Allá acababa de brotar el grito ancestral de la muerte.

CAPÍTULO IV

LA FRONTERA DEL HORROR

El grito, aquel sonido ululante del Más Allá, resonaba también en el fondo del cerebro de Lorna mientras corría hacia la casa, mientras intentaba alcanzar aquellas ventanas iluminadas, aquellos rectángulos de luz donde estaba su última esperanza para escapar del horror y de la muerte.

De pronto se encontró en la casa.

Una puerta que oscilaba.

Unas viejas lámparas.

Unas extrañas escaleras alfombradas de rojo.

Lorna se detuvo, pegándose a la pared, sintiendo a través de sus dedos el frío que llegaba desde las paredes de la casa.

El silencio se había hecho agobiante allí. Sólo notaba el compás agitado de su propia respiración.

¿En qué extraño rincón de este mundo o del otro se había metido?

Porque hasta su propia respiración le daba miedo.

Pero no tenía más remedio que buscar ayuda allí. Había que seguir, seguir... Las últimas esperanzas de seguir viviendo estaban puestas en aquella casa.

Subió por aquellas escaleras.

Las luces parecían enroscarse en el aire, tomaban extrañas formas, las sombras surgían de pronto como manos que acecharan.

—¿No hay nadie aquí? ¡Socorro! ¿No hay nadie aquí?

Al final de la escalera estaba el viejo y solemne comedor con las luces también encendidas. Se veía una mesa larga y oblonga. Un extraño personaje estaba sentado ante ella, mirando hacia el vacío.

¿Mirando?

¿Pero es que aquellos ojos acuosos, casi destruidos, podían ver?

La muchacha lo comprendió al llegar más cerca. Al dar dos pasos más se sumergió hasta el fondo en el pozo de aquel horror.

Porque el que estaba sentado ante aquella mesa era... ¡Un muerto!

¡Un muerto ya en estado de descomposición!

¡Por sus manos, puestas sobre la madera, corrían las larvas!

El grito ululante, angustioso, enloquecedor que surgió de la garganta de Lorna tuvo que oírse a la fuerza en toda la casa. Y efectivamente se oyó. Porque, de pronto, una de las puertas que daban a aquel comedor se abrió de golpe.

Y ella pudo ver la expresión satánica del «travestí», que ahora iba desnudo. Más allá se distinguía una cama con Elsie desnuda también.

Y otro de los monstruos moviéndose rítmicamente sobre ella.

¡La estaban violando!

¡Lorna se había metido ella misma en el refugio de sus enemigos!

¡Estaba en el fondo del agujero, en el fondo de la trampa mortal!

Las carcajadas satánicas se oyeron en todo el recinto.

Hasta el muerto pareció temblar.

Y unas manos viscosas, blancas, fueron al encuentro de Lorna. Los violadores corrían hacia ella para capturarla de nuevo. Las muecas de sus labios parecían teñir de pus el aire.

El grito enloquecedor partió otra vez de la garganta de la muchacha.

No lo pensó. Los tenía ya encima... ¡encima!

Bruscamente se dio cuenta de que su cuerpo se separaba del suelo como si lo guiara una fuerza extraña. La ventana que estaba a la altura del primer piso voló ante sus ojos. Confusamente comprendió que estaba saltando hacia ella con todas las fuerzas de su ser. Le pareció que todo su cuerpo se llenaba de pequeñas heridas mientras oía el golpe estruendoso de los cristales rotos.

La vuelta de campana en el aire fue alucinante.

Cayó al vacío.

Desplomarse aunque sea desde un solo piso de altura puede hacer mucho daño, pero el joven cuerpo de Lorna lo aguantó bien. En este momento hubiera echado a correr incluso después de

muerta. Tropezando y gimiendo, rodó por un terraplén, sin saber dónde estaba.

No llegó a darse cuenta de que era eso lo que la salvaba nuevamente, porque desde una de las ventanas estaban disparando. Los estampidos no se oían; eran simples taponazos a causa de los silenciadores, pero ella notaba el silbido de las balas. Gateó de nuevo por una superficie terrosa, hasta salir a un camino.

Pero no era un camino auténtico. No. Ahora estaba completamente segura de eso. Lorna sabía ahora que había abandonado este mundo para entrar de lleno en el mundo del infierno.

Y, en fracciones de segundo, la vida verdadera volvió a ella.

Fueron los faros de aquel coche que saltaron de pronto como dos rayos desde la oscuridad.

Sonó el chirrido estridente de los frenos, pero el impacto ya había lanzado por los aires a Lorna. Notó que volaba entre una especie de nube de algodón gris. Ni tan siquiera sintió dolor. Cayó entonces al borde del camino mientras su boca se llenaba de sangre.

El policía llamó.

—Lleva usted más de diez minutos ahí, señorita Ketty, y les va a extrañar nuestra tardanza. ¿Puedo pasar?

Fue ella la que abrió la puerta. Había guardado el magnetófono otra vez, tomando un abrigo de los armarios que había al fondo.

—Ya estoy lista —dijo.

—Entonces la llevaré al hospital de nuevo.

—¿Por qué allí?

—El médico lo ha dicho. Le han dado a usted solamente un breve permiso para volver a recoger unas cuantas cosas a la casa.

—Bien, pero yo soy una ciudadana libre.

—¿En qué sentido?

—En todos. Por ejemplo, puedo pedir en cualquier instante ser atendida por la policía.

—Yo soy la policía, señorita Ketty.

—No me refiero a usted.

—¿Pues a quién?

—Del caso de mi padre sé ha ocupado alguien, algún jefe superior, estoy segura. Quiero hablar con él.

El de la Brigada Volante arqueó una ceja con una leve irritación,

pero al fin se encogió de hombros.

—Tiene usted derecho —dijo.

—¿Entonces vamos?

—De acuerdo, vamos.

Subieron los dos al coche de la patrulla. Ketty notaba una opresión hasta el fondo de los huesos mientras veía desfilar las sombras de la casa. Cuando estaban ya en la carretera, aquella sensación de irrealidad y hasta de infierno cesó con la rapidez con que a veces cesan las pesadillas.

Minutos después estaba ante el capitán Coley, de la Brigada de Servicios Especiales. Coley era un hombre de unos cincuenta años, duro y de facciones enérgicas, con pinta de viejo jugador de *rugby*. Pese a ser medianoche, daba la sensación de que acababa de entrar a trabajar.

Hizo que sirvieran una taza de café bien cargado a Ketty.

—¿Cómo está? —preguntó amablemente—. ¿Se siente mejor?

—No me siento de ninguna manera, capitán Coley. Estoy flotando.

—Razón de más para que hubiera vuelto al hospital, pero en fin, ya que está aquí, ¿en qué puedo servirla?

—Quiero saber en qué fecha exacta murió mi padre.

—Hum... Es una pregunta un poco ingenua, puesto que usted misma vio el cadáver poco después de producirse el deceso. De todos modos, aquí tengo el expediente completo. Mire el certificado de defunción, con la fecha y la causa de la muerte: parálisis cardíaca.

—¿Dónde lo enterraron?

—Aquí lo dice también. En el cementerio de Norwich.

—No es verdad.

El capitán sonrió levemente, con un gesto de hombre que se hace cargo y que desea ser comprensivo.

—No se encuentra usted bien, señorita Ketty. Le aconsejo descansar un poco y dejar esta conversación para mañana.

—No. Han pasado demasiadas cosas y por lo tanto tiene que ser ahora. Lo que usted dice, capitán, no es verdad.

—¿Por qué?

—Conozco el camino del cementerio de Norwich.

—Todos lo conocemos, Ketty.

—Los coches tomaron una dirección completamente contraria.

El capitán movió la cabeza comprensivamente.

—A veces hay vías cortadas al tráfico —dijo—, y los coches tienen que dar rodeos. A todos nos ha pasado.

—¿Por qué, entonces, no me dejaron ver el entierro?

—Era una ceremonia desagradable y que sin duda quisieron ahorrársela a usted. Además yo no conozco las razones de todo eso. Yo sólo soy un policía. Precisamente aquel día, cuando enterraron al padre de usted, me hallaba a muchas millas de distancia, y por lo tanto ignoro los detalles. No me lo pregunte a mí.

—¿Pues a quién?

—Mañana le pondré en contacto con quien pueda hacerlo. Ahora descanse.

Ketty hundió la cabeza.

Se sentía horriblemente perdida.

El capitán Coley hablaba con convicción, con serenidad, y además era un policía renombrado y prestigioso. En pocas palabras acababa de demostrar a Ketty que los pensamientos de la muchacha no valían nada. Que ella creía en el infierno, pero quizás el infierno no existe realmente.

Sonó un timbre.

Una cordial agente de los servicios auxiliares llegó hasta la mesa.

—Por favor, acompáñela al hospital —pidió el capitán Coley—. Diga que hagan lo posible para que pueda descansar.

Ketty dijo con un hilo de voz:

—Gracias.

Se sentía completamente desorientada. Su cerebro era algo así como una masa de nubes de algodón. Cuando se encontró de nuevo en el hospital, le pareció que el tiempo no había transcurrido.

El médico de guardia susurró:

—Son ya bastante más de las doce. Le daré una inyección sedante para que pueda dormir tranquila.

—Por favor, luego —pidió Ketty.

—¿Luego por qué?

—Necesito reflexionar, encontrarme a mí misma... No sé si me comprenderá, pero en este momento no quiero perder el sentido. Si me deja un par de horas en un sitio tranquilo, le aseguro que será

mejor para mí.

—Por mí no hay inconveniente. Venga, tenemos una magnífica biblioteca.

La acompañó. Era una sala espaciosa y acogedora. Había en la mesa de lectura un timbre que le fue señalado por el médico de guardia.

—Cuando quiera ir a su habitación o necesite algo —susurró—, no tiene más que pulsarlo.

Ketty asintió. Al sentirse sola tuvo un leve estremecimiento, porque a no mucha distancia de allí se oían disparos y aullaban las sirenas de los coches policiales. Teniendo en cuenta que era casi la una de la madrugada, debía tratarse de un suceso muy importante.

Pero enseguida dejó de pensar en aquello. Ya se sabe que Chicago es una ciudad violenta. Miró en torno suyo y vio que la mayor parte de los libros eran de medicina, pero había también unas pilas de periódicos no demasiado atrasados; prácticamente todo el último mes.

De una forma maquinal, y por puro instinto, tomó los que correspondían a las fechas de la muerte y entierro de su padre. Durante los días en que el drama ocurrió, ella no había leído nada. Ahora echó un vistazo a aquellos ejemplares, intentando serenarse.

Y de pronto tuvo una sacudida.

Sus ojos casi se le salieron de las órbitas.

En una de las páginas interiores había una foto en la cual aparecía un momento del sepelio del padre de Ketty. No era extraño que el «Chicago Tribune» se ocupase de la noticia, porque aquel hombre había tenido en vida un notable prestigio dentro del mundo de la ciencia y los negocios. Por lo tanto no fue eso lo que sorprendió a la muchacha.

Fue otra cosa.

Fue ver al capitán Coley cerca del ataúd.

¡Y Coley le acababa de decir que aquel día estaba a muchas millas de distancia!

Ketty se estremeció hasta los huesos.

¿Por qué todo aquello?

¿Por qué estaba cada vez más hundida en el infierno? ¿Por qué aquella conspiración diabólica?

De pronto apretó los puños.

Hizo un gesto de rabiosa decisión.

No, eso no podía continuar. Llegaría hasta donde hiciese falta. Llegaría si hacía falta hasta lo más profundo del Más Allá.

Al infierno...

Fue hacia una de las ventanas. Desde allí era fácil saltar hasta el jardín.

La abrió silenciosamente y se perdió en las sombras.

Los disparos que Ketty había oído poco antes atronaban todo un sector de Lake Square, en la zona de los negocios. Una docena de coches patrulla se habían concentrado allí, sirviendo de parapeto a tiradores especializados que usaban rifles de precisión, con mira telescópica y rayos infrarrojos para acertar en la oscuridad. La casa que era su objetivo, y en especial dos de las ventanas, estaban materialmente picoteadas por los disparos.

Pero desde allí respondían también.

Tenía que ser un tirador diabólico el que estaba refugiado en aquella casa.

Dos policías yacían muertos en la calzada, sin que nadie se atreviera a retirar sus cuerpos. El segundo había caído precisamente al tratar de retirar el cuerpo del primero. Toda la zona estaba batida por el diabólico tirador —o quizá los diabólicos tiradores— que se ocultaban en la casa.

Los agentes, parapetados en los coches, enviaban fuego graneado y habían hecho entrar por las ventanas algunos botes de humo para reducir a sus enemigos por asfixia, pero hasta eso era inútil. Seguían resistiendo perfectamente, lo cual indicaba que disponían de máscaras antigás. Hablan pensado en todo.

El capitán Murdock, de la Brigada Antigang, que dirigía el cerco, estaba a punto de perder los nervios. Acababa de ver morir a dos hombres, tenía otros dos heridos y no estaba seguro de que los sitiados no lograran escapar. Precisamente en Lake Square había un sistema de alcantarillas tan viejo y complicado que resultaba imposible vigilarlo todo.

Decidió no perder más tiempo. Las balas de los sitiados parecían inagotables, y su obstinación también. La respuesta al último aviso para que se rindieran había sido herir a un nuevo agente.

—¡Basta de contemplaciones! —gritó—. ¡Adelante! ¡Vamos! ¡Tiren a matar!

Una verdadera nube de hombres de azul corrió hacia la casa por la zona descubierta. Mientras tanto, desde los coches, sus compañeros les protegían con un rabioso fuego. Pero más rabioso fue el fuego de los del interior de la casa, que parecían disponer de auténticas ametralladoras. Tres hombres más cayeron alcanzados por el plomo antes de llegar a las paredes de la casa. Uno de ellos fue Murdock, a quien consiguieron arrastrar hasta los coches mientras los demás se retiraban también entre una nube de balas.

Murdock ahogó una maldición.

Estaba escupiendo sangre por la boca.

Se daba cuenta de que era imposible conseguir nada, de que iba a perder media brigada en aquel asalto. La convicción, además, de que los rehenes iban a morir le hacía enloquecer de odio.

Y de pronto lo vio venir.

Parecía surgir del fondo de la niebla.

Siempre Curtis le había parecido alto, fúnebre y misterioso, pero jamás nunca como en aquel instante, cuando parecía surgir de los estratos más profundos de la noche. Vestido de negro, con la mirada perdida en el vacío, con la boca formando una línea recta en su rostro metálico, el asesino más temible de que disponía la policía de Chicago avanzó hacia allí.

No hizo el menor gesto al ver que Murdock estaba perdiendo por la boca toda la sangre de su cuerpo.

—Acabo de oír que me necesitan —fue todo lo que dijo.

Murdock hizo un esfuerzo terrible para hablar. Mientras le tendían en una camilla susurró:

—Acaban de atracar en un supermercado, Curtis... Son tres y están refugiados ahí... Tienen a cuatro chicas como rehenes, a una de las cuales la han arrojado ya por una ventana interior. Está muerta...

Los ojos de Curtis chispearon un momento, pero sólo un momento casi imperceptible. Luego preguntó:

—¿Más muertos?

—Sí, dos policías.

—Para eso cobran.

—¿Es todo lo que se te ocurre decir, cochino hijo de perra?

—Me refería a si ha muerto alguna dependienta más.

—Sí. Una cajera de veinte años. La han acribillado a sangre fría

cuando ya se retiraban, sin ninguna necesidad.

Otro parpadeo en los ojos de Curtis. En sus pupilas hubo un brillo leve, gatuno, pero eso fue todo. Con voz que parecía surgir del fondo de una caja metálica, preguntó:

—¿Qué exigen?

—Un coche blindado, un avión de seis plazas y escolta hasta el aeropuerto. De lo contrario matarán a todos los rehenes, y sé perfectamente que van a cumplir su amenaza.

Murdock se ahogaba. Las últimas palabras vinieron acompañadas de un vómito crispado que estuvo a punto de acabar con él. Se lo llevaron hasta la ambulancia mientras Curtis contemplaba fríamente la casa.

No había la menor expresión en su rostro.

En ciertos momentos, sin embargo, parecía el verdugo que calcula las medidas para el ataúd de su víctima.

Sacó el «Magnum» y lo revisó. No necesitaba nada más. Aquel arma especial, cada una de cuyas balas era como el proyectil de un acorazado, tenía una fama siniestra en toda la zona del lago Michigan. Curtis sabía perfectamente lo que la ciudad de Chicago esperaba de él, y sabía también perfectamente que cada una de sus misiones podía ser la última.

Pero no le importaba.

Él era el último recurso, cuando todo lo demás fallaba.

Él era la muerte.

Para acercarse a los edificios desde los que llegaba una lluvia de plomo siempre empleaba tácticas distintas, según fuera la situación. Pero en este caso no había casas colindantes desde las cuales saltar, y la zona batida resultaba demasiado ancha para recorrerla a pie, aunque él era capaz de hacer los cien metros en poco más de diez segundos. Por lo tanto decidió hacer el trayecto en coche.

La comodidad ante todo.

Bueno, la cosa tenía sus problemas.

El coche sería acribillado en cuando arrancase, de modo que calculó con exactitud hasta la décima de segundo. Sabía lo que aquel rapidísimo «Cobra» podía tardar en llegar a la pared de la casa. De modo que se sentó al volante, puso el motor en marcha con los faros apagados, contuvo la respiración... ¡y salió!

Fue como un rayo.

Como una bala disparada contra la casa.

Los de las ventanas sólo tuvieron tiempo de dedicarle dos impactos, pero ninguno de ellos le alcanzó. El diabólico chirrido de los frenos llenó la noche, mientras el «Cobra» daba un terrible bandazo.

Curtis lo hizo girar en el momento mismo en que iba a estrellarse. El coche no se aplastó de frente contra la casa, sino de costado. La puerta lateral izquierda del «Cobra» pareció convertirse en chatarra, justo ante la entrada del edificio sitiado. Inmediatamente saltó al aire una inmensa bola de fuego.

Aquello era el infierno.

Pero Curtis parecía formar parte del infierno.

Ni siquiera había parpadeado.

Mientras el valioso «Cobra», uno de los mejores coches de que disponía la policía de Chicago, estaba ardiendo, él salió por la puerta que había quedado pegada a la entrada de la casa. Sus movimientos fueron mucho más rápidos que los de un gato. Los de arriba creían que había quedado convertido en una tea, dentro del coche ardiendo, cuando en realidad ya estaba en el interior de la casa.

Amartilló el «Magnum».

Los proyectiles, dotados de un cartucho doble, tenían más fuerza que la bala de un fusil de guerra, y además su punta estaba blindada. A cien metros podían atravesar a cuatro hombres puestos uno detrás de otro.

Oía las voces arriba.

Y el llanto de las chicas utilizadas como rehenes. De ellas, la más vieja debía tener veinte años.

Curtis subió las escaleras poco a poco, con el revólver preparado.

Calculó la frecuencia de los disparos que se oían arriba y se dio cuenta de que sus enemigos eran cuatro, o sea uno más de lo que imaginó al principio. Iba a celebrarse una bonita fiesta si le descubrían antes de que llegase arriba.

Y le descubrieron.

De pronto, aquel tipo vestido con una especie de mono gris pasó como una exhalación al borde de la escalera mientras aullaba:

—¡Allí!

Fue su último grito.

De pronto tuvo la sensación de que su cabeza entera estallaba.

La bala le había entrado por el ojo derecho.

Curtis ni siquiera pestañeó al disparar. Pero sabía que estaba descubierto y que había que quemar etapas. Subió como un rayo, pegado a la pared, mientras el «Magnum» parecía quemar entre sus dedos engarriados.

Se encontró de pronto en una gran sala, al final de las escaleras.

Había tres ventanas allí. Desde cada una de ellas disparaba un hombre. Las chicas apresadas en el supermercado gemían aterradas, en el suelo, intentando en vano librarse de las ligaduras que les sujetaban las manos por detrás. Todo aquello constituyó para Curtis una visión instantánea, un chispazo como el del «*flash*» de una cámara.

Pero la muerte estaba allí.

Se lanzó contra la barandilla como un tigre. La rompió: El aire pareció cargarse de electricidad cuando uno de los atracadores se volvió hacia él, armado de una metralleta.

¡Raaac!

El trallazo sonó como el último aullido de un perra.

Curiosamente, el hombre de la metralleta vio que la pared se cuarteaba a su espalda, pero no se dio cuenta de que la bala le había atravesado primero por el centro del cuerpo. De pronto intentó poner la metralleta en línea de tiro y se dio cuenta de que sus manos estaban cubiertas de sangre. La sangre goteaba también sobre las rodillas, que se le estaban doblando como si fueran de goma.

Rodó sobre sí mismo mientras lanzaba un grito de muerte.

Curtis seguía sin pestañear siquiera. Vestido de negro como un enterrador, sujetó el «Magnum» con las dos manos mientras sus dientes chirriaban. Sabía que con él no había palabras, ni leyes ni piedad; sabía que él era la muerte.

Los otros dos tiradores se habían vuelto a un tiempo.

La incredulidad se reflejó en sus ojos.

No comprendían lo que estaban viendo.

Uno de ellos llevaba una granada de mano.

Retiró el seguro e intentó lanzarla.

La cabeza pareció entonces quedarle separada del tronco,

cuando la bala le entró por la mandíbula y le salió por la nuca. Aun así tuvo tiempo, como en un trágico chispazo, para darse cuenta de que la granada caía entre sus rodillas, tras resbalar de su mano derecha.

La terrible explosión lo levantó del suelo.

Pero él ya no la oyó.

Quedó materialmente convertido en pedazos.

Curtis giró entonces el «Magnum».

Su cara era una máscara.

—Lo siento, nena —musitó.

Porque se había dado cuenta de que el último de los atracadores, aunque iba vestida de hombre, era una mujer.

Pero eso no detuvo el movimiento del gatillo.

Con voz opaca dijo, mientras apretaba el percutor:

—Te encargaré una corona de rosas.

La cabeza de la mujer desapareció.

Curtis siguió sin pestañear siquiera. Era como la imagen misma de la muerte. Y él lo sabía.

No se molestó ni siquiera en desatar a las aterradas rehenes. Eso era cosa de la policía, y él no se consideraba un policía. Resultaba difícil saber lo que Curtis era.

Quizás un matarife.

Pero no hablaba de eso con nadie.

Cuando salía a la calle, el teniente Lambert, que dirigía el primer grupo de patrulleros, barbotó:

—He tenido un muerto más.

—Para eso cobra —dijo Curtis con voz opaca.

—Y a ti también han estado a punto de matarte, Curtis, hijo de perra. Has hecho una locura.

—Para eso cobro —dijo el asesino.

Y se alejó lentamente.

CAPÍTULO V

NIEBLA

A bastante distancia de allí, una mujer que no había podido oír aquellos disparos, una mujer que no sabía lo que estaba ocurriendo mascaba, sin embargo, la sensación de su propia muerte. Porque Lorna se vio materialmente bajo las ruedas del coche que la había deslumbrado, al tiempo que el chirrido espantoso de los neumáticos parecía estallar dentro de su cabeza.

Notó el choque y rodó por el asfalto, pero inmediatamente se dio cuenta de que seguía viva, porque la cegadora luz de los faros la hacía llorar. También notó que podía mantenerse en pie, aunque la dominaba una aterradora sensación de vértigo.

Unas manos cayeron entonces sobre su cuerpo.

Lorna sintió un escalofrío de asco y de horror.

Pero esta vez las manos no querían agredirla, sino ayudarla. Una voz espesa preguntó:

—¿Qué le ocurre? ¿Se ha hecho daño?

Lorna volvió la cabeza llena de esperanza, porque allí podía estar la ayuda que necesitaba. Pero inmediatamente una terrible postración la dominó. Bastaba con mirar la cara abotargada de aquel hombre, sus ojos nublados, para darse cuenta de que era un borracho.

Pero al menos era una vuelta a la normalidad de todos los días. Era un ser vivo con el que se podía hablar, no un muerto salido de la tumba. Mientras le sujetaba con todas sus fuerzas, Lorna gimió:

—¡No se detenga aquí! ¡Lléveme a la estación de policía más próxima!

—¿Va a... a denunciarme?

—¡No se trata de eso! ¡Por favor! ¡No quiero hacer nada contra

usted! ¡La culpa del accidente la he tenido yo y además no me ha pasado nada! ¡Tome el volante y conduzca! ¡Por Dios! ¡Conduzca!

—Bueno, bueno... Yo soy muy rápido, ¿sabe? Je, je... Eso. Muy rápido.

La muchacha se dio cuenta confusamente de que dejarse llevar por un borracho significaba un peligro mortal, pero tampoco ella se sentía con fuerzas para conducir. Se hubiera estrellado en la primera curva, de modo que le dejó hacer. Notó enseguida que el coche, un viejo «Ford», amenazaba con salirse de la carretera.

Aquel tipo estaba borracho perdido.

Lorna gimió:

—¡Déjeme a mí!

Se veían las luces de unas casas a lo lejos. Allí podía estar la salvación. Cada segundo contaba, teniendo en cuenta el horror que ahora estaría viviendo Elsie.

Intentó sujetar el volante, pero el otro le dio un manotazo. Ningún borracho cree que lo está. Queriendo hacer un alarde de seguridad en sí mismo, dio más gas al entrar en la primera calle. El coche patinó al esquivar un camión y se metió de costado en un camino vecinal. Allí había otro coche que tomaba la curva.

¡Blam!

La portezuela del costado de Lorna se abrió y la muchacha salió despedida. Tuvo la horrible sensación de que la cabeza de su acompañante se abría en dos. Rodó por el pavimento mientras en torno suyo sonaban gritos.

Y aquellos gritos se fueron haciendo imprecisos, lejanos, roncacos...

De pronto la niebla pareció llenar para siempre el cerebro de Lorna.

Quedó quieta, sin ver, pero con los ojos terriblemente abiertos...

Cuando recobró el sentido, estaba tendida en un sitio relativamente blando que identificó como la mesilla de exploraciones de una clínica. En torno a ella había unas luces difuminadas que se perdían al fondo de la habitación en un universo de sombras. Unas cuantas batas blancas flotaban entre aquellas sombras, pero el centro del campo visual de Lorna lo ocupaba un extraño hombre vestido de gris.

Lo que daba a aquel hombre un aspecto extraño en el ambiente

de la clínica era su mirada dura y hostil, casi magnética y el hecho de que se notase bajo su americana el bulto de la pistola. También su voz fue dura y chirriante al decir:

—Se llama usted Lorna Watson, supongo.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo he visto en su documentación.

—Estoy... ¿estoy bien? ¿Tengo algo roto? ¿Puedo moverme?
¿Qué... qué dice?

—No se ponga nerviosa. Está bien. Lo peor es el tremendo «*shock*» por el que ha pasado, pero lo va superando.

—¿Y el hombre que me acompañaba?

—Muerto.

—Lo siento.

—Tenía que estar borracho —dijo suavemente el hombre vestido de gris—. Hasta sus ropas olían a alcohol.

—Ya... ya lo había notado.

—¿La recogió en la carretera?

—Sí. Estuvo a punto de atropellarme.

—¿Por dónde pasaron?

—No lo sé... —de pronto Lorna se dio cuenta, aterrada, de que le iba a ser imposible reconstruir el camino—. Quizás él podría saberlo, pero yo no... ¡Dios santo! ¿Qué hora es?

—Las dos de la madrugada.

—Las dos de la madrugada... Eso significa que Elsie...

—¿Quién es Elsie?

Lorna fue incapaz de contestar. La tragedia la ahogaba. Se puso a llorar silenciosamente.

Notó sobre uno de los hombros la manaza de aquel hombre.

—Soy el agente especial Barnard, de la Policía de Chicago —dijo la voz—. Me han avisado de que estaba aquí. En su delirio, mencionaba usted continuamente el nombre de alguien llamado Adolf Blair. Y ese nombre significa bastante para mí.

Lorna se estremeció.

Preguntó:

—¿Por qué?

Acababa de recordar que Adolf Blair era el nombre del difunto padre de Ketty.

—Todo lo que se relaciona con ese hombre lo llevo yo. Parece

que alguien robó su cadáver.

Otra vez el cuerpo, de Lorna se estremeció brutalmente.

Pero ahora se estremeció de esperanza.

¡Por fin estaba con alguien que podía ayudarla! ¡Por fin se hallaba de nuevo en contacto con la realidad! ¡Ante sus ojos estaba al fin la imagen de un policía, que escucharía su historia, que creería en ella!

—Por Dios... —farfulló, mientras las lágrimas volvían a saltar a sus ojos.

—Hable. La escucho.

Ella mencionó con rápidas frases todo lo ocurrido desde que Elsie y ella entraron a dar el pésame en la casa de Ketty. Las palabras se atropellaban en sus labios porque se daba cuenta de que cada segundo contaba. Barnard la escuchaba atentamente, y aunque no tomaba notas estaba claro que lo iba archivando todo en su cerebro parecido a una computadora.

—De modo —susurró al final— que su amiga Elsie está siendo violada por esos individuos.

—Eso habrá sido el principio. Quizá la... la han matado ya.

—¿Sabría reconstruir el camino que hizo con el borracho?

Con un frío horror, la muchacha se dio cuenta de que ignoraba del todo el camino por el que habían pasado.

—El lugar del accidente... —bisbiseó.

—Allí confluyen nada menos que cinco caminos. ¿Por cuál venían ustedes? El conductor está muerto y los testigos no lo recuerdan.

—No... no lo sé.

Barnard apretó los puños. Pese a todo, en sus ojos brillaba una especie de feroz determinación.

—Seguir esos cinco caminos con todas sus variantes nos ocuparía más de veinticuatro horas —musitó—. Quizá será mejor volver al principio y darle la vuelta al asunto. Confío en que tengamos suerte... ¿Por dónde las llevaron a ustedes?

—No lo sé. Ya le he dicho que íbamos con una capucha sobre la cabeza...

—¿Pero eso les impedía distinguir toda clase de luces?

—Prácticamente sí, aunque... Bueno, algunas luces potentes creo que las veíamos.

—¿Por ejemplo cuáles?

Lorna se sujetó con ambas manos la cabeza. Jamás el tiempo le había parecido tan angustioso. Intentó reflexionar.

—¡Lo sé! —dijo de pronto—. ¡Camiones! ¡Camiones enormes que llevaban más luces que un trasatlántico!

—¿Está segura?

—¡Sí!

Los ojos de Barnard brillaron bruscamente. —Ya sabemos algo— dijo—. Tenía que ser la autopista de Milwaukee, porque cada noche salen los camiones cisterna que transportan etileno para las fábricas de plásticos. Debido a lo peligroso que es el etileno, esos camiones se identifican con una enorme cantidad de luces. Estamos sobre la primera pista.

Y mientras sus ojos relampagueaban de nuevo, susurró:

—Perdone.

Se volvió a medias. Había un teléfono al alcance de su mano. Discó un número y preguntó:

—¿Pueden avisar a Curtis? He oído por radio que acaba de matar a varios hombres. Ahora tengo un trabajito especial para él.

Y colgó.

Fue entonces cuando Lorna tuvo ocasión de conocer, pocos minutos más tarde, al extraño hombre vestido de negro.

A aquel hombre de ojos helados que cobraba por matar o morir.

Una mujer que se escapa durante la noche de una clínica puede pensar en ir a muchos sitios, pero sólo una de cada cien irá al sitio donde fue Ketty: a un cementerio.

A aquella hora, después de lo sucedido y en las condiciones en que Ketty estaba, hacía falta para eso un valor suicida, pero Ketty lo tuvo. Era verdad que el miedo la había anestesiado de tal modo que ya no lo sentía. Sus ojos vacíos intentaban ver el fondo del horror a través de la niebla.

Estaba dispuesta a llegar hasta el fin.

Nada la detendría.

Coley la había engañado al decirle que no asistió al entierro del ingeniero Blair, y la muchacha quería saber si la había engañado también en una cosa aún más esencial: si la había engañado al decirle que los restos descansaban en el cementerio de Norwich.

Por eso tomó un taxi, después de huir de la clínica, y se hizo

conducir a las cercanías del cementerio. El conductor la dejó allí, donde no había ninguna vivienda ni se veía un alma, con la convicción de que aquella muchacha estaba completamente loca.

Y quizá sí que Ketty lo estaba. Pero no le importaba seguir. Hacía falta estar loco para llegar hasta el fondo del infierno.

Entró en el extenso cementerio de Norwich.

No lo conocía apenas porque sólo había estado dos veces allí, pero recordaba confusamente que le habían dado una referencia acerca del sitio en que estaba enterrado su padre. En consecuencia, trató de orientarse en aquel imperio de la muerte.

Había perdido la noción del tiempo. No sabía la hora que era. Tampoco los relojes significaban nada en la mente atormentada de Ketty Blair.

La luna llena lo iluminaba todo con sus resplandores lívidos. Se reflejaba en las lápidas de mármol, en las cruces que se perdían en el vacío, en los senderos que llevaban a algún oculto rincón del Más Allá...

Ketty oía el ruido de sus propios pasos.

La garganta se le había secado.

Había momentos en que era incapaz de respirar.

No supo cuánto tiempo había tardado en conseguirlo, pero al fin sus recuerdos funcionaron y encontró el sitio donde estaba la sepultura de su padre. En efecto, una lápida de mármol gris llevaba su nombre:

ADOLF BLAIR

1920-1978

Eso era todo. Dos fechas que resumían una vida esencial para Ketty, dos fechas entre las cuales podía quizá vislumbrar el infierno.

Se fijó en que la lápida no estaba movida.

¡Y estaría movida si alguien hubiera robado el cadáver de allí!

Ketty sintió por primera vez miedo, sintió frío en la espina dorsal.

La quietud del cementerio la rodeaba.

Voces siniestras parecían flotar entre los arbustos del camposanto.

Ahora a Ketty le faltaba la prueba suprema, y ella lo sabía. Buscó con los ojos algo que le permitiera alzar la lápida.

Tuvo suerte al encontrar unas cuantas herramientas allí cerca, procedentes de un entierro efectuado aquella misma tarde. Entre ellas había una pesada palanca. Ketty era una muchacha fuerte y sana, la tomo y empezó a manejarla febrilmente. Pronto empezó a dudar. Los brazos le dolían como si se los rompieran poco a poco.

Pero siguió en su empeño hasta mover un poco la lápida. Eso le permitió afianzar la palanca más. Pronto pudo desplazarla a un lado, mientras la fatiga hacía que el aire quemara en sus pulmones.

Debajo de la lápida estaba el ataúd.

Todo el cuerpo de la muchacha temblaba.

Se aterró al pensar en lo que podía encontrar allí.

Pero sus manos fueron poco a poco hacia las argollas de la tapa. La alzó mientras se disponía a lanzar un grito.

Y aquel grito se estranguló en su garganta. Porque el ataúd estaba vacío. Dentro no había nada... ¡Nada!

Incluso estaba perfectamente limpio. No había sido usado jamás.

Todo aquello... ¡era una trampa!

Pero una trampa en la que participaba la propia policía... ¿Por qué? ¿Por qué?

Ketty sabía que ya no podría avanzar más. Su cerebro estaba a punto de romperse. Había llegado al fondo de la niebla.

Su cuerpo se encogió entonces, mientras volvía a ahogar un grito.

El cementerio se estaba poblando de susurros.

Hacia ella, rompiendo la noche, venían unas lucecitas.

CAPÍTULO VI

TRAS LAS HUELLAS

Causaba una sensación extraña estar con aquel hombre allí, en el interior del coche, una sensación a la vez confortadora y horrible, porque Lorna se sentía segura en aquel lugar, sabiendo que nada malo podía ocurrirle. Pero al propio tiempo notaba que dentro de aquel coche la estaba acompañando la muerte.

Porque nunca había conocido un tipo como aquél.

Tan helado.

Tan silencioso.

Y que al propio tiempo le diera tal sensación de seguridad, como si por el solo hecho de estar junto a él pensara Lorna que ni el propio diablo podía vencerla.

Iban a bordo de un «Mustang». Aquel hombre llamado Curtis conducía a velocidades increíbles, pero con una maravillosa seguridad, como si los resortes del coche no pudieran fallarle porque eran como una prolongación de sus propios músculos.

Ahora se habían detenido al borde de la autopista. Por los carriles normales, los camiones iluminados como trasatlánticos seguían pasando. Curtis musitó:

—¿Era aquí?

—Sí. Estoy segura de que sí. Adelantábamos a los camiones.

—¿Cuánto tiempo han estado en la autopista?

—No lo sé... Me era imposible calcularlo.

—¿No les han detenido en ninguna parte?

—Seguro que no...

—Entonces no han llegado al peaje. Todo esto ha pasado a lo largo de unas diez millas. Luego se han desviado, ¿verdad?

—Sí.

—¿Hacia dónde?

—Creo que hacia la derecha.

—¿Había algo especial en el camino? Todos los desvíos de la autopista son hacia la derecha. Dime: ¿había algo de especial?

Lorna intentó recordar.

—Sí. El coche saltaba un poco y el firme era malo... Sí, eso es... ¡El firme de la carretera era muy malo!

Curtis chascó dos dedos.

—Hay tres salidas antes del peaje, pero sólo una tiene el firme en mal estado. Tengo una idea del sitio donde se metieron. Vamos allá.

Lorna apretó los puños, presa de un acceso de nervios. Le dominaba una alegría salvaje al saber que quizás estaban en el buen camino, pero al propio tiempo la vencía una infinita angustia. Porque se daba cuenta de que el tiempo transcurría y de que Elsie seguía en aquel extraño reino de los muertos, de que la dominaban repulsivos asesinos, aquellos sucios hijos de...

—¿No puedes ir más aprisa? —musitó.

Curtis dijo con voz opaca:

—No puedo permitirme el lujo de equivocarme. Mejor es llegar un poco tarde que desandar lo andado.

Y añadió:

—Para eso me pagan.

La muchacha cerró un momento los ojos y se los tapó con las manos. La angustia la devoraba.

—¿Barnard te ha pedido que te encargaras de todo? —susurró.

—Sí.

—¿Quién es realmente Barnard?

—El jefe de un grupo especial.

—¿Qué clase de grupo especial?

—Uno dedicado a asuntos en los que la policía no puede intervenir normalmente.

—¿Y tú qué eres?

El tardó en contestar.

—Pongamos que un verdugo especial —dijo sin mirarla.

Habían doblado a la derecha. El firme en mal estado hacía vibrar la suspensión del coche. Curtis lo detuvo un momento.

—Tuvo que ser por aquí —musitó.

—Se... seguro.

—¿Siguieron mucho tiempo?

—¡Dios santo!... Comprendo que no te puedo resultar de mucha ayuda, pero es que... es que no lo sé. No me daba cuenta del tiempo que transcurría. Todo se hacía interminable. Aquel monstruo saltaba de una a otra...

Curtis no contestó.

Hubo en sus ojos un brillo de gato.

—Intenta tranquilizarte —dijo—. Reflexiona.

—¿Reflexionar sobre qué?

—Algo más notarías.

—¿Ruidos?

—No sé —dijo él—. Piensa.

La muchacha se apretó la cabeza con las manos.

—Me es imposible pensar... —balbució—. Creo que me es imposible... ¡Dios santo! —Notó la mano del hombre en su espalda. Aquella mano quería consolarla, pero era una zarpa que todavía la intranquilizaba más. La confusión de sensaciones que le proporcionaba aquel hombre era infinita. Junto a él continuaba sintiéndose asustada, pero al mismo tiempo definitivamente protegida.

—Creo que estamos en el buen camino —dijo, reflexionando en voz alta—. Primero la zona de autopista en la que adelantábamos a los camiones cargados con sustancias inflamables. No hemos llegado al peaje, puesto que no nos hemos detenido. Luego el desvío con el firme en mal estado, donde nos encontramos ahora. ¿Pero qué más? A partir de aquí ya no recuerdo nada especial. ¿Por dónde seguir? ¿Por dónde?...

Él dijo sin mirarla:

—Comprendo que la situación no te dejaba pensar, pero en esos momentos cuando las sensaciones quedan más fijadas en el cerebro. ¿De veras no notaste nada? Por ejemplo, ¿no distinguiste algunas otras luces a través de la capucha?

Lorna apretó los labios.

Los nervios le pinchaban.

Pero de pronto se llevó las manos a la cara mientras gemía:

—¡Dios santo! ¡Ahora lo sé! ¡Las luces que giraban!

—¿Qué?

—¡Había unas luces muy intensas que daban vueltas!

Curtis reflexionó velozmente. Mientras ponía de nuevo el coche en marcha, dijo:

—Si era una iluminación que daba vueltas, tuvo que ser un anuncio, pero aquí no hay ninguna zona comercial que justifique anuncios de esa clase. Más bien lo que hay son descampados y casas aisladas. Lo cual significa que... ¡infiernos! ¡Ya lo sé!

—¿Saber qué?

—El significado de esas luces. Descampados, casas aisladas... Por lo tanto zonas libres... ¡justo esas zonas donde se instalan las atracciones de ferias!

—¿Quieres decir que se trataba de un carrusel o algo así?

—Exacto. ¿No sonaba la música?

—No. Aunque también cabe la posibilidad de que yo no la oyese.

—De todos modos creo que tengo una pista. Vamos allá.

Aceleró mientras tomaba un nuevo ramal. Aquí, en efecto, se entraba en una zona de edificios industriales con abundantes espacios entre ellos. A esa hora todo estaba muerto y apenas brillaban unas cuantas luces, pero el esqueleto de lo que buscaban apareció de pronto ante sus ojos. Había una pequeña montaña rusa, unos tióvivos, unas barracas de feria, unos autochoque, un «túnel del amor»... ¡Seguro que allí estaban las luces que Lorna había visto brillar!

—¿Giraban? —insistió Curtis.

—¡Sí!

—Entonces se trataba de aquel carrusel, aunque ahora las luces estén apagadas. Justamente casi lo han emplazado al borde del camino.

El corazón de Lorna latía aceleradamente.

¡Se habían situado sobre la pista! ¡Podían seguir avanzando!

¿Pero avanzar hacia dónde?

Justamente a partir de allí había dos desvíos, uno a la derecha y otro a la izquierda, o sea que quedaban tres caminos para elegir. Si se equivocaban, perdían para siempre la pista.

Curtis había detenido de nuevo el coche. Sus ojos estaban entrecerrados y miraban al vacío.

—Me temo que volvemos a estar como al principio —susurró—.

¿No recuerdas nada?

—No.

—¿Pudiste notar si se desviabais o seguíais recto?

—No pude notar nada... Había momentos en que ni siquiera sabía que iba en coche.

—Pero quizá habrá algún detalle que recuerdes —dijo él—. Piensa un poco... Antes has dado con el detalle de las luces que giraban... Tal vez ahora te venga a la memoria algo más.

Lorna volvió a sujetarse la cabeza con las manos. Tenía la sensación de que el cerebro le estallaría de un momento a otro. Al fin sus labios temblaron mientras decía con voz ahogada:

—Sí... Recuerdo algo, pero no tiene sentido.

—¿Qué es lo que no tiene sentido, Lorna?

—Aquel grito que oí. Era un grito que atravesaba el aire y parecía llegar desde todas partes. Era un grito de muerte.

Ketty vio las pequeñas luminarias que avanzaban hacia ella. Su primera reacción fue de horror. Le pareció incluso que estaba en presencia de algo sobrenatural.

Pero se oían algunas voces a través del cementerio. No eran voces de ultratumba, sino de hombre. Eso la tranquilizó en parte, porque se dio cuenta de que los vigilantes del cementerio debían haber oído algún ruido sospechoso y estaban buscando. Era una cosa normal.

Pero si la atrapaban allí la entregarían a la policía, y eso significaba una detención durante varias horas. Tenía que huir. Cada segundo contaba.

Se deslizó con rapidez entre las sombras. Cuando estaba a cierta distancia, oyó una serie de exclamaciones:

—¿Pero qué es esto?

—¡Tiene que ser obra de un loco!

—¡Han robado un cadáver!

Ketty se estremeció.

Los propios empleados del cementerio pensaban que la tumba estaba llena, o sea, no conocían la trampa. Pues entonces, ¿quién era el autor de esa trampa? ¿La propia policía? ¿El capitán Coley, quien dijo que no había asistido al entierro y en realidad había estado en él? Pero todo eso, ¿por qué?

La mente de la muchacha parecía un volcán a punto de estallar.

Aquella conspiración en la que parecía participar el país entero la volvía loca. ¿En quién podía confiar? ¿Hacia dónde ir?

Por lo pronto tenía que alejarse del cementerio. Corrió entre las tumbas con toda la velocidad de sus piernas, alejándose todo lo posible de las zonas de luz.

Una vez fuera, siguió a pie durante un buen trecho, pues no quería tomar un taxi en las cercanías. El taxista, luego, podría declarar. Aguardó a estar a cierta distancia para tomar un vehículo.

Y se hizo conducir al «Loop». El popular distrito en el que se ha caracterizado el Chicago de los años 30 estaba casi vacío a aquella hora, pero aún flotaban en el aire las luces de un par de bares abiertos toda la noche. Kitty se metió en uno de ellos porque necesitaba calor humano, porque era el único sitio donde no se sentiría aterrorizada.

Los pocos clientes debieron tomarla por una prostituta callejera, pero nadie la molestó. Kitty se sentó a una mesa, pidió un *whisky* y extrajo de nuevo el magnetófono que se había desprendido de uno de los bolsillos de su padre.

Lo puso en marcha. Otra vez los sonidos se desgranaron en sus oídos atormentados. El *whisky* reanimó a Kitty, aunque su cabeza seguía dando vueltas. Lo fue escuchando todo hasta llegar a aquello que no comprendía: aquel extraño grito de muerte.

Era un grito que perforaba el aire.

Que lo llenaba todo.

Incluso estando el magnetófono a bajo volumen para que no se enteraran los de las otras mesas, la muchacha tuvo un brutal estremecimiento.

¿De dónde procedía aquel grito?

¿Qué significaba?

De pronto Kitty se encontró andando otra vez como una sonámbula, igual que si su cuerpo fuese el de una muerta que atravesaba la niebla. Fue hacia la calle mientras notaba en sus curvas las miradas codiciosas de los hombres, pero nadie la rozó. Sólo uno le preguntó al oído cuánto quería por una noche, pero Kitty ni siquiera llegó a oírle bien.

Muy cerca había una cabina telefónica. Se metió en ella y disco un número, pese a lo intempestivo de la hora.

Le contestó la voz somnolienta de Vanee.

Vanee era técnico en sonidos. Se le consideraba uno de los expertos de la televisión. Ketty lo conocía lo suficiente para decirle sin preámbulos:

—Es algo muy urgente, Vanee. Voy a tu casa. Necesito que me des un consejo enseguida.

—Oye, guapa, que yo ya no tengo edad para dar masajes en el clítoris a nadie. Busca a otro.

—Mi clítoris está muy tranquilo, Vanee. Lo que no tengo tan tranquilo son otras cosas.

—¡Pues qué lástima!

Y colgaron los dos a la vez.

Ketty necesitó apenas diez minutos para ir en taxi a la casa de Vanee. Éste vestía simplemente una bata y se preparaba un *whisky* flojo con evidentes gestos de malhumor.

—Me había hecho la ilusión de que me llamabas para echar un polvo, Ketty —gruñó—, pero resulta que ni ésas. ¿Qué demonios quieres?

—Necesito tu ayuda como técnico en sonido, Vanee. Sólo hay una persona en Chicago que me pueda orientar, y esa persona eres tú...

—Naturalmente que lo haré, Ketty. ¿De qué se trata?

Ella se preparó también un *whisky*, pero no tan flojo como el de Vanee. Una vez hubo sentido que el calor empezaba a llegarle a los pies, explicó todo lo que estaba ocurriendo aquella macabra noche. Empezó con la llegada de sus dos amigas para darle el pésame, y luego... todo lo demás. Vanee le escuchaba con expresión atónita, negándose a creer lo que oía. Después de prepararse a su vez otro un trago, farfulló:

—Lo que me dices no tiene sentido, Ketty.

—Pues es algo que está sucediendo, te lo juro.

—Pero entonces, ¿es que hay una auténtica conspiración nacional para que tú no llegues a saber nada de tu padre?

—Sí.

—Es eso lo que no puedo creer, Ketty.

La muchacha puso pacientemente el magnetófono encima de la mesa. Explicó las circunstancias en que lo había encontrado y lo que estaba grabado en él. Luego musitó:

—Ahora sé que el cadáver de mi padre pasó cerca del sitio

donde sonaba algo muy extraño, Vanee.

—¿Y que ha quedado grabado en el magnetófono? ¿Qué es?

—Parece un grito de muerte, pero óyelo tú mismo.

Puso en marcha el aparato. El grito que a ella tanto le había llamado la atención se repitió. Al aumentar el volumen del magnetófono, aquel grito se hacía más intenso, más desgarrador, casi alucinante.

—¿A qué hombre podían estar matando allí? —susurró Ketty.

Vanee hizo retroceder la cinta para oírlo otra vez.

Repitió la operación en un par de ocasiones. Sus ojos estaban entrecerrados, reflejando una atención que era casi febril.

—Espera —musitó.

En una de las habitaciones de su casa tenía un auténtico «laboratorio de sonido», una compleja serie de aparatos que había ido comprando y en parte perfeccionando él mismo, gracias a sus experiencias en la radio. Cuando el magnetófono volvió a arrojar por los aires aquel grito, una serie de agujas en aquellos aparatos se pusieron a oscilar, mientras un pequeño cristal de cuarzo cambiaba de coloración rápidamente. Vanee repitió aquel experimento un par de veces más.

—Se sale de la escala —musitó al fin—. Ahora no hay ninguna duda.

—¿Ninguna duda de qué? —preguntó la muchacha con un hilo de voz.

—De una sola cosa: el grito que estamos oyendo aquí no lo ha lanzado ningún ser humano...

CAPÍTULO VII

LA MUERTE EN LOS TALONES

Mientras miraba fríamente a través del parabrisas del «Mustang», Curtis preguntó con voz metálica:

—¿Dices que oíste ese grito? ¿Y que era algo así como un grito de muerte?

—Sí.

—Eso significaba que mataban a alguien.

—Por... por supuesto.

—Sin embargo, éste es un lugar relativamente habitado. La gente se hubiese dado cuenta de lo que pasaba. Ante un grito así, se habría organizado un pequeño tumulto.

—Quizá se organizó y yo no llegué a enterarme —musitó Lorna—. El coche pasó de largo.

Curtis asintió.

—De todos modos, pronto lo sabremos —dijo.

Había cerca una cabina telefónica, azotada por el viento gélido de la noche. Curtis se apeó y fue hacia ella, mientras Lorna le aguardaba en el «Mustang». Desde allí marcó el número de la Brigada de Homicidios y luego el número de la Brigada de Tráfico.

Volvió al «Mustang» muy poco después.

—Nada —dijo.

—¿Nada qué?

—No se ha producido en las últimas horas ningún asesinato ni ninguna violencia en esta zona. Es raro, porque cada día pasan cosas, pero hoy no ha pasado nada. He querido asegurarme llamando a Tráfico por si se había producido algún accidente mortal.

—¿Y no se ha producido ninguno?

—No.

—Pues entonces ese grito, ¿cómo es que no llama la atención de la gente?

—Eso es lo que me preocupa. ¿Lo llegaste a oír realmente, Lorna?

—Te juro que sí. No... no era imaginación mía. En aquel momento no podía dedicarme a crear pesadillas yo misma.

—¿Quizá lo lanzó tu amiga Elsie?

—Tampoco. Me hubiera dado cuenta enseguida. Además era una voz masculina.

Curtis chascó dos dedos.

—No estaría de más hablar con Barnard, el hombre que me ha encargado este trabajo —musitó—. A él se le puede localizar durante toda la noche.

Y volvió a la cabina telefónica. Barnard, en efecto, estaba al otro lado del hilo. Le preguntó con impaciencia si ya había descubierto algo.

—Tengo interés en que este asunto sea resuelto enseguida —dijo—. Ya estoy harto de las bandas de salvajes que infestan la ciudad. Tengo interés también en que la cosa se resuelva sin demasiados legalismos, Curtis.

—Por eso me la ha encargado a mí, ¿verdad?

—¿A usted?

—Sí. Al verdugo.

Se oyó una risita al otro lado del hilo.

—Esta ciudad está corrompida —dijo—. Si no la limpiamos nosotros, nadie la limpiará, y los jueces menos.

—En eso estoy de acuerdo, Barnard. Sólo hay un lenguaje que los asesinos entienden.

—Perfecto. Entonces infórmeme.

Curtis le detalló todo lo que habían descubierto hasta entonces. Estaban en el buen camino, pero de pronto ese camino se había dividido en tres. No sabía cuál elegir, teniendo como única pista un grito de muerte que había atravesado el aire.

—¿Y en esa zona no se tiene noticia de ningún crimen? —preguntó Barnard.

—Ni de un simple accidente de tráfico —musitó Curtis.

—Pues no es una pista demasiado buena... De todos modos,

tengo en la pared de mi despacho un gran mapa de la zona. Por lo que deduzco, me está llamando desde una cabina situada en el punto C.

—Es más que posible —dijo Curtis—. Recuerdo ese mapa.

—Los caminos que se bifurcan desde ahí forman dos curvas muy cerradas —explicó Barnard, quien sin duda estaba mirando el mapa mientras hablaba—. Hay que saber si ella notó en el coche que tomaban esas curvas.

—No ha hablado de ellas.

—Puede que no las notara debido a la situación en que se encontraba, pero puede también que siguieran en línea recta —dijo Barnard, pensando en voz alta.

—No deja de ser una idea útil —afirmó Curtis—. Si ella no notó la curva, es más que posible que siguieran en línea recta, aunque en la situación en que la muchacha se encontraba no nos podemos fiar. Respecto a ese grito... ¿no hay más detalles?

—Ninguno más. Demasiadas cosas está recordando la chica, teniendo en cuenta la situación en que se encuentra.

Y Curtis colgó.

Sabía que Barnard no iba a darle más detalles. Estaba bastante más a ciegas que él. De todos modos, había que reconocer que acababa de aportar una idea útil.

Volvió al «Mustang» sin una palabra, y lo hizo rodar por el camino central, dejando a un lado los de las pronunciadas curvas. Ahora iba a poca velocidad, porque quería fijarse en todos los detalles, pensando que cualquiera de ellos podía darle la pista definitiva.

La zona se iba haciendo progresivamente más despoblada. Algunas naves industriales emergían aquí y allá, entre las sombras, destacando sus tejados bajo la luna llena. El Chicago aristocrático de las cercanías del lago había desaparecido y aquél era un Chicago hostil, suburbial, donde se adivinaba algo que Lorna aún no era capaz de comprender.

—Parece como si esto no llevase a ninguna parte —susurró Lorna mientras sus dedos temblaban.

—Es posible que no.

—¿Y Elsie? Dios santo, estamos perdiendo un tiempo que ya no vamos a poder recuperar. ¿Qué habrán hecho con Elsie? ¿Qué

estarán haciendo ahora?

Los labios de Curtis formaron una mueca amarga.

No contestó, pero en aquella mueca amarga había algo de espectral. Muchos hombres la habían visto, pero todos aquellos hombres estaban ya muertos.

La muchacha parecía tener razón. Más allá de los edificios industriales, se extendían unos bosques. Parecía imposible que la hubiera llevado tan lejos. Bruscamente Lorna tuvo la desesperada sensación de que habían perdido la pista para siempre.

Y entonces él susurró:

—¿Qué es aquello tan extraño que hay allí?

En efecto, se distinguía una pared que parecía la de un bunker. Ni una señal, ni una ventana, ni un arbusto, como si el mundo terminase allí, en aquella pared. Y ni siquiera se podía llegar a ella, porque un letrero cortaba el camino diciendo:

«OBRAS. PROHIBIDO EL PASO. DESVIO A LA
IZQUIERDA»

El camino de la izquierda pasaba a cierta distancia de la pared y se perdía para enlazar con una carretera general.

Curtis se detuvo ante la señal de «Alto». Pero sus ojos estaban perdidos en aquella pared, como si le obsesionara.

—¿Qué diablos puede ser? —se preguntó a sí mismo en voz alta.

Y, con un susurro, se dio la respuesta a sí mismo musitando:

—Parece un cementerio...

—¿Qué significa eso de que no se trata de un grito lanzado por un ser humano? —preguntó Kitty, sintiendo que una corriente de aire frío recorría su espalda.

Vanee señaló los aparatos de precisión que llenaban todo el cuarto. Pronunció unas cuantas palabras y las agujas oscilaron con mayor o menor intensidad. El cuarzo también fue adquiriendo distintas tonalidades de color según aquella intensidad de su voz fuese más o menos grande.

—Ya lo ves tú misma —dijo—. La voz humana provoca unos campos eléctricos y magnéticos que estos aparatos miden con una precisión absoluta. De ese modo, por ejemplo, se puede saber entre otras cosas si una voz pertenece a una determinada persona, aunque

haya tratado de disimularla. Hay tonalidades que siempre producen el mismo campo eléctrico y el mismo campo magnético. Pero todo esto dentro de una zona que la voz humana no puede sobrepasar en más ni en menos. Quiero decir que hay sonidos muy bajos que la voz humana nunca producirá, pues son exclusivos de ciertos instrumentos, y sonidos muy altos que la voz humana tampoco alcanza. El grito recogido en ese magnetófono sobrepasa toda la intensidad de la escala. Por lo tanto un ser humano no lo ha podido lanzar.

Ketty sentía vértigo.

—¿Pues entonces qué? —bisbiseó.

—No lo sé, Ketty.

—¿No puedes... analizar más?

—¿Por qué ese interés malsano, Ketty?

—No es un interés malsano. Gracias a ese sonido quizá pueda averiguar de qué sitio desenterraron a mi padre. Quizá pueda saber también lo que hicieron realmente con él.

Vanee movió la cabeza pensativamente.

—Por supuesto que podría analizar más —dijo—. Todos los sonidos del mundo pueden analizarse con esos aparatos, pero hacen falta muestras. Por ejemplo, cintas grabadas con distintas voces o gritos, lo cual permitiría buscar identidades con lo que tú tienes grabado ahí.

—Y esas muestras, ¿no puedes encontrarlas?

—A esta hora no. Las tienen en los archivos de las emisoras, pero ahora están cerradas.

Ketty hizo un gesto de desaliento.

—Vete a la policía —aconsejó Vanee—. Sus laboratorios de sonido son mucho mejores que los de una emisora de radio.

—No... no puedo fiarme de la policía.

—¿Por qué?

—Me están engañando —dijo ella con un hilo de voz.

—¿Y por qué habrían de engañarte? Todo lo que me has contado puede ser debido a una casualidad. Lo que deberías hacer es ver de nuevo al capitán Coley. Yo mismo te acompañaré.

La muchacha vaciló.

Pero se daba cuenta de que quizá las palabras de Vanee estaban cargadas de razón.

—A veces las apariencias nos hacen ver cosas que realmente nunca han existido.

—¿Vendrás conmigo? —musitó.

—Claro...

—Entonces vamos —dijo ella, tomando una decisión—. De pronto me parece como si esta ciudad estuviera poblada de fantasmas, pero contigo todo será distinto.

Vanee se vistió rápidamente y salieron los dos. La ciudad estaba desconocida porque del lago empezaban a llegar las brumas del invierno. Ni siquiera con los faros de niebla se veía a diez metros. Aquella extraña noche había pasado a ser de pronto la noche de los espectros.

—¿Coley estará despierto a esta hora? —preguntó Vanee.

—Habrá que probarlo.

Las luces de la central de policía arañaban la noche como las de un trasatlántico entre la niebla. Había allí una constante actividad, porque Chicago es una ciudad que no duerme. Coley ocupaba un despacho en una sección especial, alejada del bullicio, una especie de sección fantasma que no estaba indicada en ningún sitio y en la que se movían apenas unos cuantos agentes lentos como robots. Conforme pasaban las horas, todo aquélla daba la sensación de ser fantasmal, distinto.

El capitán estudiaba unos informes cuando llegaron ellos. Tendió la mano a Vanee.

—¿De modo que usted ha examinado el sonido? —preguntó, una vez le hubieron puesto en antecedentes—. No sabía que este magnetófono existiera. A ver.

Cuando vio el pequeño aparato en manos del policía, Ketty tuvo la sensación de que le arrebataban algo muy íntimo, de que le quitaban la única pista que ella poseía. Pero ahora había vuelto a confiar en Coley y por lo tanto, no tuvo más remedio que explicarlo todo con voz opaca.

El capitán la escuchaba con atención.

—Debió haber venido antes a mí —dijo.

—No... no sabía lo que hacía —mintió Ketty.

—De modo que este magnetófono ha recogido los sonidos de los lugares por los que fue movido el cadáver de su padre.

—Estoy segura —musitó Ketty.

Coley graduó la voz. Se oyó aquel grito extraño, lacerante, que parecía perforar las ventanas del despacho y perderse entre la niebla.

—Creo que sé lo que es —dijo inesperadamente.

La muchacha alzó la cabeza.

—¿Sí? —preguntó.

—Va descendiendo en intensidad —dijo Coley—. Al principio es mucho más fuerte.

—Cierto —reconoció Vanee—, ¿pero eso qué significa? Porque lo extraño es que la voz no se aleja.

—Eso es lo que me ha hecho pensar —murmuró el capitán—. ¿Por qué no me acompañan? Creo que podré dar con la solución.

Se separó de la mesa y salieron los tres. Un poco más allá había una habitación pequeña, desnuda, cuyas luces crudas le daban una apariencia hostil. Parecían esas luces concentradas que se proyectan sobre las mesas en los depósitos de cadáveres.

—¿Me pueden esperar aquí? Voy a recoger mi abrigo.

—Bien...

—¿Tiene un cigarrillo, Ketty? —preguntó Coley mientras iba a salir por una de las puertas—. Creo que los he olvidado.

—Sí. Por casualidad llevo un paquete encima, tome.

—Gracias.

El capitán desapareció. La puerta osciló nuevamente. Ketty se introdujo a su vez un cigarrillo entre los labios y pensó que, después de todo, Coley se había mostrado muy comprensivo con ella y tenía sinceros deseos de ayudarla. Recordó entonces que no llevaba fósforos.

Y se volvió hacia Vanee.

—¿Tienes lum...? —preguntó.

Y entonces la muchacha quedó atónita.

Pareció como si la sangre dejara de circular por sus venas otra vez.

Porque Vanee ya no estaba allí.

En aquella habitación pequeña y de luz cruda estaba ella sola. A Vanee parecía habérselo tragado el aire. Un silencio aterrador envolvía a Ketty.

Y sólo entonces volvió a sentir que la mano misteriosa del Más Allá flotaba otra vez sobre su cabeza.

—En todo esto siempre he tenido la sensación de algo sobrenatural —susurró Lorna, mientras los dos miraban aquella pared a través del parabrisas del «Mustang». Desde que me encontré con el padre de Ketty he sentido siempre un cosquilleo de miedo. Y ahora ese extraño muro... En efecto, parece como si detrás hubiéramos de encontrar un cementerio.

Curtis musitó:

—Pronto lo veremos.

—Pero está cortado el paso...

—Ésa es justamente una de las cosas que me llaman la atención —dijo Curtis—. Hay unas obras, en efecto, pero parece como si estuviesen paralizadas hace mucho tiempo.

—¿Por qué?

—No lo sé, Lorna.

—¿Piensas que quizá tratan de que nadie llegue a pasar por aquí?

—Al menos intentan tenerlo protegido de la curiosidad del público. Y parece que lo consiguen, porque no se ven las marcas de ningún coche.

De todos modos, una cadena cerraba el paso a los vehículos, de forma que se apearon del «Mustang», y siguieron a pie. Algo más allá había una pequeña caseta con una luz, caseta que sólo se distinguía al avanzar unos pasos. Curtis la señaló mientras murmuraba:

—Ahí debe de haber alguien vigilando. No creo que pasemos desapercibidos, de modo que prefiero hablar con él.

Y se acercó. En efecto, en la caseta, poco mayor que la garita de un centinela, había luz. Una puerta estaba entreabierta y oscilaba suavemente con la brisa.

Curtis se proximo más. Acabó de empujar la puerta para ver quién estaba dentro del habitáculo:

Y entonces hubo de retirar bruscamente los pies.

Porque hasta ellos llegaba la sangre.

CAPÍTULO VIII

LA MANO DEL MAS ALLÁ

Ketty sintió frío.

Sola como estaba en aquella habitación, le pareció sentir el soplo del Más Allá, porque Vanee no había podido desaparecer de aquel modo, no había podido esfumarse en el vacío como si se lo hubiera llevado un soplo de viento. Allí ocurría algo sobrenatural que heló la sangre en las venas de Ketty.

Vio dos puertas en la pequeña habitación bañada por aquella luz cruda.

Por una de ellas había salido el capitán Coley mientras ella estaba vuelta en aquella dirección, o sea que de ningún modo había podido Vanee esfumarse por allí. Tenía que haber sido por la otra, la que la muchacha tenía a su espalda mientras el capitán le pedía un cigarrillo.

Ketty la abrió. Y pudo ver entonces otra habitación completamente vacía, una habitación sin puertas ni ventanas, sin nada, que era una especie de caja en la que no podía ocultarse nadie. Pero Vanee tampoco estaba allí:

¡Era imposible!

Ketty empezó a sentir que un sudor lívido bañaba su cuerpo.

La maldición la había acompañado hasta allí. La sombra de la muerte seguía con ella. Hasta la propia central de policía la seguía aquella extraña pesadilla.

—¡Vanee! —llamó—. ¡Vanee!

Inútil.

En aquella extraña caja vacía que era la habitación, sólo halló la respuesta del silencio.

De pronto se volvió.

Unos leves pasos sonaban a su espalda.

El miedo de Ketty fue tan intenso que estuvo a punto de lanzar un grito.

Pero era el capitán Coley el que estaba allí. El capitán Coley sonreía. Llevaba un abrigo bajo el brazo. Sus ojos que querían ser alegres tenían en el fondo una oscura expresión metálica.

—¿A quién llamaba, Ketty? —preguntó.

—Vanee...

—¿Qué pasa con él?

—Estaba aquí...

—¿Quiere decir que ha desaparecido?

—Ni que se lo hubiese tragado la tierra... Pero no ha podido esfumarse así... No hay ninguna otra salida.

—No debe habernos seguido —dijo. Coley con gesto de indiferencia—. Usted creía que él venía detrás y quizá esté aún en el despacho. ¿Pero eso qué importa? Lo encontraremos luego. Sólo con usted quiero hablar, Ketty.

—¿De qué?

—Del origen de aquella voz.

Ella sentía en sus sienes aquel sudor más helado cada vez.

—¿Adónde hemos de ir? —preguntó.

—Al depósito de cadáveres.

—¿A... adonde?

—Es necesario, Ketty, Sígame.

Echó a andar por el mismo sitio por donde había venido. Ella le siguió como una sonámbula. Llegaron a la playa de estacionamiento, donde una serie de coches patrulleros descansaban en la niebla como animales al acecho.

Coley se metió con Ketty en uno de ellos y ordenó:

—Vamos a la Morgue.

La Morgue estaba a poca distancia de allí, en un edificio gris cuyas ventanas iluminadas rasgaban la noche. Parecía como si los de las autopsias trabajaran mejor así, cuando la ciudad estaba dormida. Pasaron por una puerta que estaba llena de luces azuladas y penetraron en una enorme sala donde algunas personas esperaban para los trámites de identificación. Luego se metieron en un pasillo penumbroso al final del cual había una puerta de vaivén.

Unas cuantas mesas de mármol yacían bajo la luz cruda. Sobre

una de ellas había una forma humana, o que había sido humana, algo que obligó a Ketty a contener un gemido de horror.

Del hombre, espantosamente quemado, apenas quedaba nada. Era un bulto negro. Pero el capitán Coley lo señaló con la indiferencia que da la costumbre mientras decía en voz baja:

—Éste fue el que tuvo que lanzar el grito.

—¿Por qué lo sabe? —preguntó ella.

—Pura lógica, aparte de los informes que tengo. Es la única víctima del único incendio que se ha producido en Chicago durante los últimos días. Se arrojó enloquecido desde la ventana de su apartamento, pero entonces ya tenía el cuerpo envuelto en llamas y nada se pudo hacer por él. Todos los que presenciaron la horrible caída han sido unánimes en su testimonio: lanzó un grito lacerante, casi inhumano, que repercutió en toda la calle. Fue eso lo que recogió el magnetófono.

Ketty asintió.

Sí, era más que posible, aunque Vanee había dicho que el grito no provenía de una garganta humana. Pero un hombre que se está abrasando, ¿tiene una garganta humana? Ésa era la duda que atenazaba a Ketty y que pocos hombres hubieran sabido resolver tan bien como el propio Vanee. Pero Vanee, inexplicablemente, no estaba allí.

Coley preguntó:

—¿Al menos se ha quitado esa duda de encima, señorita Blair?

—Creo que sí.

—Mi consejo es que descanse y se olvide de esto. Antes no ha querido permanecer en una clínica, pero si lo desea la dejaré ahora en su casa. Un buen calmante hará milagros. E incluso le daré protección policiaca, si usted siente algún temor. ¿Qué le parece?

—Bien —dijo Ketty con un hilo de voz—. Oiga...

—¿Qué?

—¿Puede usted darme un cigarrillo ahora? Todo esto desprende una especie de hedor que... que no sé definir.

—El hedor de la muerte, aunque esté disimulado —dijo Coley—. Espere. Al salir he recogido un paquete de cigarrillos, pero lo tengo en el abrigo. Un momento.

Y salió del pequeño departamento. Ketty había tenido suerte. Los breves instantes de soledad le permitieron inclinarse y recoger,

guardándolo velozmente, el pequeño cartón de identificación que estaba caído bajo la mesa.

Coley ya volvía. Le tendió un paquete de cigarrillos abierto.

—Tome, fume si lo desea. Y ahora que está más tranquila la acompañaré al sitio que me diga, ¿entiende? Si usted prefiere su casa, la llevaré a su casa, pero sería mejor un hotel del centro donde haya mucha gente. Pondré dos policías en su puerta para que no le pase nada.

La chica sonrió.

Pero su sonrisa era completamente fingida. Había algo de raro en ella, algo que Coley no supo notar.

—Elija usted mismo el hotel, capitán —dijo.

—¿Qué le parece el «Sheraton»?

—Perfecto. ¿Pero está seguro de que tendrán habitación?

—Se puede telefonar —dijo amablemente Coley—, y voy a hacerlo para que usted no tenga problemas. Espéreme en la salita, por favor.

Y se alejó. Ketty quedó sola allí, envuelta en el silencio, rodeada de personas que estaban allí como momias y que no parecían mirar a ninguna parte. Al sentirse lejos de la presencia de Coley —eso era lo que había pretendido con el truco de los cigarrillos— metió la mano en el bolsillo y sacó el cartoncito de identificación que se ataba a los pies de los muertos, y el cordón se hallaba un poco ennegrecido a causa de la piel abrasada a la cual permaneció unido un tiempo. Era el del muerto quemado, no cabía duda.

Y había allí un nombre.

Y una fecha.

El nombre no le importó en absoluto a Ketty, pero la fecha sí. Era de casi una semana atrás.

Eso significaba que aquel hombre estaba ya muerto cuando el cadáver del padre de Ketty pasó —con el magnetófono en el bolsillo— cerca del lugar del grito. Y en consecuencia... ¡no era él quien había gritado!

Ketty sintió unas gotitas de sudor en sus sienes.

Ahora ya no podía dudar.

Coley la engañaba.

Había telefonado para que prepararan un cadáver con el cual «justificar» aquello del grito que estaba grabado en el magnetófono

de Ketty. Y al cadáver le habían quitado el cartoncito con la fecha, puesto que eso se echaría a rodar todo, pero sin darse cuenta de que el cartoncito caía debajo de la mesa. Y ahora la muchacha lo tenía en su poder.

Eso significaba una serie de cosas que en aquel instante de pesadilla le parecieron absolutamente increíbles.

¡Coley mentía!

¡Mentían los del depósito de cadáveres, que son funcionarios que dependen del Gobierno!

¡Mentía todo el mundo!

¿Pero por qué?

Las gotas de sudor resbalaban por la cara de la aturdida Ketty.

No le cabía duda de que alguien que estaba a las órdenes de Coley hizo desaparecer a Vanee en silencio y en un santiamén mientras ella se distraía un momento en la estación de policía. Hacer desaparecer a Vanee no debía de ser difícil, pues bastaría una mano en la boca y una llave de judo. Seguro también que en la habitación sin puertas donde ella lo buscó había una salida falsa.

Los pensamientos volaban en el cerebro de Ketty. Y la atormentaban como pinchazos envenenados.

Estaba claro que a Coley le interesaba que Vanee no fuese al depósito de cadáveres, porque a Vanee no le hubieran podido engañar. Por eso había optado por «retirarlo de la circulación» durante unos minutos.

Todo aquello era una horrible trampa.

Y Ketty no quería caer en ella.

Por eso, en lugar de esperar allí a Coley que aún debía estar telefoneando, regresó de nuevo al depósito de cadáveres. Nadie trabajaba ahora allí. Todo estaba silencioso como lo que era: como una inmensa tumba.

La muchacha vio al fondo otra puerta.

Quizá por allí podría escapar.

Corrió entre las mesas.

Había perdido la noción del tiempo, del espacio, había perdido la noción de todo.

Hasta que la pesadilla volvió a sus ojos.

Hasta que lanzó aquel gemido de horror mientras sus piernas se negaban a seguir, mientras los pies se le clavaban en el suelo.

Porque uno de los «muertos» del depósito se estaba alzando de la mesa de mármol.

Porque sus ojos diabólicos se clavaban en ella.

Porque la acorralaba con sus brazos.

CAPÍTULO IX

DOS VECES LA MUERTE

Curtis apartó los pies poco a poco, sintiendo que una sensación viscosa le llegaba hasta las puntas de los zapatos. La sangre los había salpicado.

Pero sus facciones no se inmutaron. Talladas en una especie de bloque de acero, seguían sin tener expresión alguna. Empujó un poco la puerta y distinguió el cadáver del hombre que yacía un poco más allá, en mitad de un lago rojo.

Lo habían acuchillado.

Los ojos se le salían de las órbitas.

No llevaba ni cinco horas muerto.

Pero lo que más llamó la atención de Curtis no fue eso; fue la pistola que aún conservaba entre los dedos agarrotados, y que sin duda no pudo usar porque le atacaron por la espalda. Era una pistola que un experto como él, uno de los mejores técnicos en armas que había en el mundo, reconoció enseguida.

Una

P-38

con doble cargador y balas blindadas. Un arma que sólo se daba a determinados agentes del Gobierno que estaban cumpliendo una misión secreta.

Él había tenido a veces armas así. Se trataba de petardos que no eran reglamentarios, pero que se usaban en ocasiones muy especiales. Tenían la virtud de que silenciaban a los enemigos para siempre.

Eso significaba que el hombre que tenía ante los ojos era un agente del Gobierno. O, mejor dicho, lo había sido.

Pero entonces, ¿por qué infiernos estaba allí? ¿Qué misión tenía

que cumplir?

Volvió la cabeza.

Su cara era la cara inexpresiva de una esfinge.

Notaba a su espalda la respiración agitada de Lorna, que se había detenido a menos de un paso de distancia.

La chica parecía estar más allá del bien y del mal, más allá del miedo y del horror. Ni siquiera pestañeó al ver el cadáver.

—¿Qué ha pasado? —Fue lo único que balbució.

—Sólo puedo afirmar una cosa —susurró Curtis—, y es que esto estaba guardado por un hombre del Gobierno.

—¿Por qué razón?

—No lo sé aún —dijo el pistolero—, pero no costará demasiado averiguarlo. Me parece que hemos llegado al «kilómetro, cero», al punto donde todo empieza. Pero creo que, aparte de eso, también soy capaz de decir que a ese hombre lo ha matado un loco.

—¿En qué... te fundas?

—Las cuchilladas son salvajes, pero inexpertas. Se han ensañado con él. Han dejado huellas por todas partes. Y no le han quitado al muerto un arma que es extremadamente rara y por lo tanto extremadamente valiosa.

Pero hizo un gesto de indiferencia. En sus labios flotó algo parecido a una sonrisa, pero era algo así como una sonrisa de funeral, si es que esas sonrisas existen.

—Vamos —decidió.

La pared que limitaba con aquello era alta, sólida y enorme. Parecía el muro de un cementerio o el muro de una cárcel. No había más que una pequeña puerta de plomo o de acero, que daba la sensación de ser extremadamente pesada, y que además debía de abrirse con combinación. No se distinguía la cerradura. Pero había cerca una especie de túnel muy bajo, muy tronado, que debía ser un desagüe. Sólo una persona a cuatro patas podía entrar o salir por allí. El líquido de aquel desagüe, que era muy escaso, se perdía inmediatamente en un colector.

Curtis musitó:

—Es extraño.

—¿Es extraño el qué?

—Un sitio tan hermético y sin embargo, han dejado este pequeño túnel, esta especie de gatera. Apostaría a que es una

trampa y que dentro está lleno de controles electrónicos. Si alguien quiere husmear lo que hay ahí dentro, aprovecha a «ganga» del pequeño túnel; y entonces lo pescan. Debe de haber una razón muy importante para que todo esto sea un lugar tan secreto.

—¿Piensas... que debemos entrar, Curtis?

—Creo que es necesario.

—¿Por qué?

—He visto marcadas en el suelo las huellas de unos tacones muy finos. Yo diría que una mujer pasó por aquí.

Lorna se estremeció hasta la médula de los huesos.

—¿Por el túnel? —bisbiseó.

—Es posible. Y nos lo vamos a jugar todo a una carta. Si Elsie pasó por aquí, pronto lo sabremos.

No vaciló. Los dos se inclinaron y gatearon por aquella especie de conducto que parecía llegar al infierno. Una oscuridad pegajosa les envolvía. Y una claridad remota y misteriosa se distinguía al final de aquel túnel que parecía el intestino de un diablo.

Los dos salieron un instante más tarde.

Para encontrarse ante un sitio que les pareció increíble, un cementerio con cruces y con lápidas, pero esas lápidas eran enormes losas de acero y el suelo de los caminos era de losas de cristal. No crecía allí una hierba, una flor, no se podía posar jamás un pájaro.

Era como si los muertos que yacían allí hubieran muerto dos veces.

Y más allá, al fondo, se distinguía una casa.

Una casa tras Cuyas ventanas brillaban docenas de luces encendidas, en una especie de fiesta macabra.

CAPÍTULO X

UN RUIDO EN EL INFIERNO

Ketty no podía moverse. Todo ser humano tiene una capacidad de resistencia, y ella había llegado al límite. Había superado pruebas muy duras conservando sus reflejos y su inteligencia, pero ahora ya no podía más. Supo que no podría huir, que estaba perdida para siempre.

La figura espectral se separó de la mesa de mármol. Dejó atrás la sábana que hasta entonces la había cubierto.

Era un hombre joven, o al menos lo parecía. Pero ni de eso se podía estar seguro. Los muertos no tienen edad. Su piel tenía un color violáceo, sus dedos estaban crispados como garras y los ojos se le salían de las órbitas, en una expresión satánica que ya no era de este mundo.

Ketty pensó: «Un loco... Un necrófilo... Un trastornado que disfruta con los muertos».

Pero este pensamiento no le sirvió de nada. No tuvo fuerzas para huir de allí. Como hipnotizada, vio que las manos se acercaban a ella.

No podía moverse.

Y ella sabía por qué.

Como fascinada, miraba en silencio aquello. Las dos manos crispadas que se acercaban a su rostro.

Unas manos que despedían un levísimo brillo fosforescente... ¡como el que despidió el cadáver de su padre!

La muchacha fue a caer al suelo.

Era incluso incapaz de lanzar un grito.

Las manos fosforescentes, aquellas manos de ultratumba casi la rozaban...

Y entonces el taponazo de la pistola con silenciador atravesó el silencio del depósito de cadáveres. Entonces uno de los ojos saltones del «muerto» desapareció. Su cabeza se abrió en dos.

El murmullo de la sangre que saltaba al aire pareció llenarlo todo.

La muchacha se volvió. Le pareció oír el chirrido de su cuello al girar poco a poco. Como a través de la niebla, vio al hombre que acababa de disparar.

Era un hombre alto y fuerte.

Había en él algo de poderoso y de autoritario.

Vestía de gris.

—Soy el agente especial Barnard —dijo—, de la policía de Chicago. Usted tiene que ser Ketty Blair.

—Ssss... sí —dijo ella sin fuerzas.

—Yo conocí mucho a Adolf Blair, su padre.

—Dios santo... ¿es eso cierto?

—Le aseguro que sí. Y la conocía mucho a usted, aunque usted no me conociera a mí. Pero lo que no entiendo es que nos hayamos encontrado en este sitio.

—Me ha traído el capitán Coley.

—¿Coley? ¿Dónde está Coley?

Los párpados de la muchacha temblaron angustiosamente.

—Por favor, no me lleve con él —bisbiseó.

—No quiero llevarla con nadie. Al contrario, haré lo que usted me diga —Barnard hizo un suave gesto para sacarla de allí—. Pero ante todo quiero tranquilizarla y decirle que hace tiempo que buscaba a ese loco al que acabo de matar.

—¿Quién e... era?

—Kurt, un necrófilo. Abría las tumbas, robaba a los muertos y cometía actos obscenos con las muertas. Los depósitos de cadáveres eran su obsesión, y yo sabía que tarde o temprano lo encontraría aquí. Comprendo que no tenía que haber disparado a matar, pero en el fondo le he hecho un favor. Los tipejos como Kurt tampoco son seres humanos.

Y añadió suavemente:

—La sacaré de aquí.

—Por favor... que no me vea Coley.

—¿No confía usted en él?

—No.

—¿Por qué no? Es un capitán de la policía.

—Se lo explicaré mientras me lleva lejos de aquí. Pero, por favor, lléveme lejos... ¡lejos!

Barnard hizo un gesto de asentimiento.

—Le he dicho que haría lo que usted quisiera —murmuró—. Venga conmigo.

Y la llevó a la bahía de estacionamiento posterior, donde pese a lo avanzado de la hora había más de cuarenta coches. Barnard abrió uno y la invitó a entrar.

—Acomódese —invitó—. Enseguida arrancamos.

Se sentó ante el volante, dio gas y salieron. La muchacha, con la cabeza apoyada en el respaldo, aspiró aire hondamente, con una indefinible sensación de alivio, porque al fin empezaba a sentirse un poco libre por primera vez en aquella maldita noche.

Pero enseguida sus nervios se tensaron.

Enseguida, en el fondo de su cerebro, se encendió una lucecita roja.

¿Qué era aquello?

¿Qué estaba sucediendo?

¿A qué fondo de infierno acababa de bajar?

Porque ella recordaba perfectamente aquel ruido. El del motor que petardeaba. El recogido en el magnetófono de su padre.

El del coche donde habían transportado su cadáver.

¡Y el sonido era éste! ¡Era el del mismo coche! ¡Era éste! ¡Éste!
¡ESTE!

CAPÍTULO XI

VUESTRA SANGRE POR EL WATER

Curtis se acercó a la casa.

La muchacha le estaba siguiendo como una sonámbula.

De pronto ya no tenía miedo. Ni angustia. Ni nada. Su estado era una especie de estado irreal. Sabía que junto a aquel hombre nada malo podía ocurrirle.

Le había bastado verle sujetar el revólver para saberlo. El «Magnum» era una especie de prolongación de sus dedos. Los ojos quietos de Curtis brillaban como los de una alimaña, como los de una rata gigantesca en la noche.

No dijo una palabra.

Sólo hizo una seña para que ella le siguiese.

Y vieron la escalera alfombrada de rojo. Vieron las botellas rotas. La ventana con los cristales hechos pedazos.

Oyeron las carcajadas arriba.

Y los gemidos guturales de la mujer.

Unos gemidos que no parecían humanos.

Lorna reconoció aquel sitio.

Lorna sabía muy bien dónde estaba ahora.

Bruscamente el miedo la paralizó de nuevo al llegar a las escaleras. Era incapaz de seguir. Con voz que no parecía la suya, balbució:

—Elsie...

Aún la estaban atormentando arriba.

Se dedicaban a matarla lentamente, ensayando con ella todas las turnias del sadismo. Algo miserable y fétido flotaba en todos los rincones de la casa. Incluso en el aire.

Pero Curtis no parecía pensar eso. Sus dedos acariciaron

lentamente el «Magnum», como si fuera una joya. Musitó:

—La cárcel no es nada para unos tipos así. Pero yo tengo la medicina.

Y subió a la carrera.

No era un ser humano. Era un gato rabioso.

Llegó a la puerta del dormitorio.

Y los vio.

Uno de ellos seguía violando a Elsie.

El otro acentuaba el miserable martirio intentando sodomizarla con un palo.

Un tercero lanzaba gruñidos de placer mientras presenciaba el espectáculo desde el borde de la cama. Fue ése el que primero volvió la cabeza al oír una especie de crujido de mandíbulas. Fue ése el primero que vio los ojos inhumanos de Curtis.

Y Curtis bisbiseó:

—Te pagaré un ataúd forrado con piel de sapo.

Hizo fuego.

No hubo compasión.

¿Para qué?

Tampoco hubo palabras.

La bala le penetró por la boca a aquel hombre. Como tenía un calibre muy superior al de un fusil, le abrió allí un boquete por donde cabía un puño. La pared del fondo quedó manchada con la masa encefálica.

Los otros se volvieron.

Miraron aterrados aquello.

De sus gargantas partió un estertor.

Los ojos se les escapaban de las órbitas.

La sonrisa helada de Curtis atravesó el aire.

—Te toca a ti, muchacho —dijo mirando al de la izquierda.

Y le disparó al bajo vientre.

Se lo convirtió en polvo todo.

Le abrió allí un boquete por donde salían hasta los zumos del estómago.

Luego avanzó hacia el otro.

Pero contra éste no disparó.

Al último lo sujeto por el pelo y lo arrastró.

Oía sus gemidos desesperados, pero eso le importaba poco.

Había un cuarto de baño al lado. Le apoyó la cabeza en la taza del *water* como si fuera la plancha de una guillotina.

Y con el punto de mira del revólver le destrozó a golpes la yugular. Ni siquiera pestañeó ante los gritos alucinantes del otro. Cuando la sangre empezó a llenarlo todo, le mantuvo la cabeza quieta para que todo el líquido rojo se vertiera por el mismo sitio.

Luego dejó la cabeza del muerto materialmente dentro de la taza y soltó el agua mientras mascullaba:

—Guarro, más que guarro, que lo has dejado todo hecho una mierda...

Ketty era incapaz de reaccionar. Sabía que había llegado al fondo del último pozo del horror. Ya no tenía fuerzas ni para quejarse ni para huir. Ya no luchaba.

Cuando el hombre hizo que se abriera la puerta metálica utilizando un trasmisor de radio con una determinada frecuencia, ella ya no gimió. Sabía que había entrado en su último cementerio y no se quejaba. Aquello era el fin.

Y el fin tiene que llegar algún día.

No le quedaban fuerzas para pensar nada más.

Barnard conocía la frecuencia de onda que movía los mecanismos electrónicos de aquella puerta, y la puerta se abrió en silencio. Más allá empezaba el cementerio, pero el cementerio más espectral y siniestro que ella había visto en su vida. Todas las lápidas eran de acero o de plomo, todos los caminos eran de cristal. No se veía un árbol ni una brizna de hierba.

Algo que flotaba en el aire le dio la respuesta a su pregunta. Adivinó que era allí donde había estado enterrado su padre.

Y escuchó aquel grito ululante, aquel rugido que no era humano y que lo llenaba todo. Sólo allí era posible oírlo.

Y lo reconoció.

Su cerebro se llenó de niebla, sus fuerzas la abandonaron por completo.

Ketty ya no era más que un pobre animal que se dispone a morir.

—Ese grito corresponde a un gorila con el que se han hecho experiencias atómicas —susurró Barnard mientras la hacía bajar—. Pronto va a morir y él lo sabe; por eso aúlla. Porque estás en el

cementerio atómico más secreto del mundo, pequeña imbécil. Éste es el sitio donde estuvo enterrado tu padre.

Ketty había caído de rodillas junto al coche. No podía más. Bisbiseó:

—¿Por... por qué?

—Era un sabio atómico al servicio del Gobierno.

—¿Realizaba experimentos se... secretos?

—Muy secretos. Sí.

—¿Por eso no vivía en casa?

—Era su primera obligación, sobre todo desde que supo que estaba contaminado por las radiaciones y que iba a morir. Muchas cosas de las que tocaba estaban malditas, y él lo sabía. Pero su miedo era exagerado a veces. En una ocasión llegó a quemar dinero.

—Cinco mil dólares... —dijo Ketty con un soplo de voz.

—Por supuesto que la policía y los agentes del Gobierno jamás reconocerían ante nadie, ni ante ti, que tu padre había trabajado en eso, porque entonces se descubrirían muchas cosas. Demasiadas cosas. Dijeron que lo llevaban al cementerio de Norwich, pero fue falso. Lo trajeron aquí, donde todos los cadáveres ofrecen el mismo peligro de radiación. Pero las enormes losas de plomo y los pasillos de cristal lo evitan...

—O sea que Co... Coley cumplió con su deber...

—Sí. No podía decirte la verdad. Coley simplemente trataba de tranquilizarte y evitar que metieras las narices en el asunto.

—Pero... ¿pero por qué sacaron a mi padre de ahí? ¿Por qué?...

—Lo mandé yo —dijo Barnard con voz opaca.

—¿Tú?...

—Sí. Por la sencilla razón de que necesitaba averiguar qué clase de radiactividad había matado a tu padre. Yo no soy técnico, pero los hombres que me pagaban espléndidamente por examinar el cadáver sí que lo eran. El análisis de las radiaciones les podía demostrar tantas cosas que estaban decididos a examinar como fuera el cadáver de Adolf Blair. Me encargaron que lo sacara de aquí, pero era muy peligroso. Demasiado peligroso para un hombre como yo. Por eso se lo encargué a un loco, a un tipejo que disfrutaba abriendo las tumbas.

—¿Kurt? ¿El que mataste en el depósito?

—Sí, y la verdad fue que lo hizo bien. Me trajo el cadáver, pero

el muy maldito usó mi coche. Claro que eso no tenía demasiada importancia, porque unos minutos de contacto no contaminan nada. Lo peor fue que no enterró de nuevo el cuerpo de Blair. Quiso dar un susto a su hija, cuya dirección conocía por la esquila. Esas cosas eran la obsesión de Kurt. Le gustaba aterrar a las mujeres y luego ultrajarlas. Fue él quien dejó el cuerpo en tu coche.

Ketty ya no podía ni respirar. Había hundido la cabeza, como esperando el tiro de gracia en la nuca. Barnard continuó:

—Estaba en combinación con tres cochinos violadores que ultrajaban a las chicas demasiado ingenuas en una oficina alquilada. Pero Kurt les aseguró que les proporcionaría una casa donde pudieran estar tranquilos toda una noche si le dejaban participar en el festín. La casa es ésta; aquí vivía el guardia fijo de este cementerio, pero Kurt lo asesinó. Ni eso figuraba en mis planes ni Kurt podía seguir viviendo; un loco de esa clase era muy peligroso para mí. Por eso lo busqué para matarlo.

—Y lo encontraste en el depósito de cadáveres, ¿no?

—Eso es... Sabía que siempre merodeaba por esos sitios. Kurt tenía que morir como tienes que morir tú, Ketty, maldita puerca, porque sabes demasiado. Como deben haber muerto esos tres violadores que igualmente saben demasiado y tras cuyas huellas envié a un hombre que no perdona jamás. Le di todas las pistas que podía, para que llegase aquí... ¡y matara! ¡El haría el trabajo que yo no podía hacer! Pero ahora tú reposarás para siempre bajo una de esas losas de plomo que nadie volverá a tocar, Ketty... Reza por tu pobre alma, muñeca. Reza...

Y apoyó el revólver en la nuca de la muchacha.

Sus ojos se entrecerraron con frío odio.

Empezó a mover el gatillo.

Y la voz helada dijo entonces junto a él:

—Adiós, Barnard. No contabas con que yo ya estuviera aquí.

Y Curtis apretó el gatillo de su terrorífico «Magnum».

La cabeza de Barnard pareció convertirse en una bola de fuego. Luego se convirtió, en una masa de sangre. Al fin desapareció.

Curtis añadió con voz helada:

—Para eso me pagan.

Y luego puso en pie a Ketty mientras, en sus labios parecía flotar algo parecido a una sonrisa. Mientras le indicaba la casa, añadió:

—Todas están a salvo, aunque una haya sufrido más de lo que una mujer puede soportar. Lo malo es que ahora yo no voy a sacar nada en limpio de esta situación, porque me encontraré con tres mujeres bonitas ninguna de las cuales querrá tener nada con los hombres.

Ketty susurró con un hilo de voz, mirándole fijamente:

—¿Quién sabe?

Volvió la espalda y añadió quedamente:

—A lo mejor, habrá que probar.

Y fue hacia la casa.

FIN

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANIA



El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...

**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.**

Impreso en España

